

WILLIAM NEPHEW KING

RECUERDOS
DE LA REVOLUCIÓN
EN VENEZUELA

Estudio Introdutorio de
Inés Quintero



Geveu ula
Grupo de Estudios
Venezuela- Estados Unidos

Colección TESTIMONIOS



VENEZUELA
AND THE REVOLUTION

H-V e.- KING, WILLIAM NEPHEW JR.

SCUENIRS OF REVOLUTION IN VENEZUELA
JOAQUIN CRESPO ANDUEZA PALACIO
CHIEF OR REVOLUTION ON PRESIDENT. OF
VENEZUELA, WITH INSTANTANEUS PHOGRAPHS
TAKEN ON THE BATTELE FIELDS 1892.

RECUERDOS DE LA REVOLUCIÓN EN VENEZUELA



COMITÉ ACADÉMICO

FRANCISCO SOTO ORÁA
(Coordinador)
Universidad de Los Andes

OTONIEL MORALES
Universidad de Los Andes

GUILLERMO GUZMÁN
Universidad Católica Andrés Bello

EDGARDO MONDOLFI GUDAT
Academia Nacional de la Historia

H. MICHEAL TARVER
Arkansas Tech University



INÉS QUINTERO

Es historiadora, profesora Titular de la Universidad Central de Venezuela. Licenciada, Magister y Doctora en Historia, Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, fue Directora de la corporación durante el período 2015- 2019 y en la actualidad forma parte de su Junta Directiva. Ha recibido numerosas distinciones académicas nacional e internacionalmente y ha sido conferencista, profesora e investigadora visitante en diferentes universidades fuera y dentro de su país. Autora de una amplia obra historiográfica sobre los procesos de Independencia, Historia Política y Social de Venezuela, siglos XIX y XX y sobre Historia de las mujeres, cuenta con veinte títulos publicados. Entre sus libros más recientes se encuentran: *No es cuento, es historia; El hijo de la panadera, La palabra ignorada, El último marqués, Más allá de la guerra. Venezuela en tiempos de la Independencia; El fabricante de peinetas, El relato invariable; La criolla principal y La Conjura de los Mantuanos*. Tiene igualmente numerosos artículos publicados en libros colectivos y revistas especializadas en el campo de la Historia y en distintos diccionarios, enciclopedias y otras obras de referencia. Mantiene un espacio en Instagram para la difusión de contenidos históricos, @inesquinterom el cual ha contado con una amplia receptividad por parte de sus seguidores.

gevenezuelaestadosunidos@gmail.com

WILLIAM NEPHEW KING

RECUERDOS
DE LA REVOLUCIÓN
EN VENEZUELA

Estudio Introductorio de Inés Quintero

COLECCIÓN TESTIMONIOS



COLECCIÓN TESTIMONIOS

RECUERDOS DE LA REVOLUCIÓN EN VENEZUELA

WILLIAM NEPHEW KING

1era edición, 2023

EDICIONES GEVEU-ULA

Coedición con el CEVAM

BIBLIOTECA GEVEU
COLECCIÓN TESTIMONIOS

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
DEPÓSITO LEGAL: ME2023000038
ISBN: 978-980-11-2138-1

Mérida, Venezuela

Diseño editorial
La Castalia
lacastalia@gmail.com
Mérida, Venezuela

FACEBOOK:
Grupo de Estudios Venezuela
- Estados Unidos
(GEVEU)

INSTAGRAM:
@geveu_ula

TWITTER:
@geveu_ula

EMAIL:
gevenezuelaestadosunidos@gmail.com

Contenido



Presentación Francisco Soto Orúa	9
William Nephew King: Testigo y fotógrafo de la Revolución Legalista Inés Quintero	11
Recuerdos de la Revolución en Venezuela William Nephew King	25
Souvenir of the Venezuelan Revolution William Nephew King	39



Para el Centro Venezolano Americano de Mérida (CEVAM) es una importante labor continuar respaldando actividades de difusión como las presentadas por el Grupo de Estudios Venezuela – Estados Unidos (GEVEU) a través de sus distintas publicaciones. Obras que profundizan desde diversos temas los análisis sobre los vínculos entre ambas naciones y que permiten captar el interés de un público más numeroso sobre las relaciones histórico-culturales existentes. Desde el CEVAM nos sentimos motivados con la participación constante en proyectos con estas características, los cuales son relevantes para construir puentes de entendimiento, que fortalezcan y mantengan las relaciones amistosas y recíprocas, que resalten las consideraciones y rasgos comunes de constante comunicación entre los dos países.

Michele Lee de León

www.cevam.org

CENTRO VENEZOLANO AMERICANO DE MÉRIDA



Presentación



La última década del siglo XIX venezolano representó un período de reconfiguraciones políticas, heredadas luego de la salida de Antonio Guzmán Blanco del poder algunos años atrás. Esta transición de mando produjo una intensa disputa entre nuevos caudillos que aspiraban la primera magistratura detentada por el *Ilustre Americano* durante varios períodos. Dentro de este forcejeo, el entonces presidente Raimundo Andueza Palacio desconoció la Constitución vigente y pretendió extender su mandato por dos años más, acción que desencadenó el levantamiento de Joaquín Crespo, el caudillo llanero que había desempeñado la Presidencia desde 1884 hasta 1886 bajo la tutela de Guzmán Blanco, pero que ahora buscaba forjar su propio poderío como máximo líder, desencadenando la *Guerra Legalista*. El 15 de abril de 1892 se inició el conflicto, extendiéndose prácticamente por todo el territorio, además, provocando numerosas alianzas entre diversos caudillos que vieron en esta nueva conflagración una oportunidad de incrementar su preponderancia política y militar. Así mismo, esta confrontación movilizó a numerosos pobladores de la región centro-occidental que a través de las reclutas obligatorias o simplemente en búsqueda de superar su crítica situación económico-social se unían a los ejércitos de los bandos en conflicto. En agosto de 1892, tan sólo dos meses antes del triunfo de las fuerzas *legalistas* comandadas por Crespo, llegó a las costas venezolanas William Nephew King Jr., quien vino como periodista y fotógrafo del *New York World* y *el Harper's Weekly*, para reportar lo que ocurría en el país y así ofrecer su testimonio como corresponsal durante esta lucha. A través del lente de la cámara de Nephew

King Jr. podemos observar la Venezuela de las postrimerías de la centuria decimonónica, adentrándonos en una de sus lamentables recurrencias: la guerra. El registro fotográfico dejado por el corresponsal estadounidense nos permite ver con preciso detalle la organización de las tropas, su composición, los distintos frentes y sus principales protagonistas, destacando asimismo un aspecto poco conocido, y es el rol desempeñado por la mujer en la guerra, quienes no sólo se dedicaban a la atención de los heridos, sino que tenían un papel de mayor relevancia como soldaderas en los campos de batalla. Las fotografías de Nephew King Jr. además nos muestran a la sociedad venezolana en los intermedios de la lucha, retratando una parte inexplorada de una población que iba a la confrontación, pero que a su vez se entretenía y posaba ante un artilugio que representaba una innovación asombrosa. Gracias a la profesora Inés Quintero podemos apreciar esta obra, quien a través de su incansable trabajo de investigadora logró rescatar este desconocido testimonio, hallando no sólo los escritos del corresponsal estadounidense, sino que además rescató más de 60 invaluable fotografías, presentando toda esta recopilación con su título original: *Recuerdos de la revolución en Venezuela*.

Sin lugar a dudas es un motivo de honor sincero y profundo orgullo para el *Grupo de Estudios Venezuela – Estados Unidos (GEVEU)* contar con esta obra de la profesora Inés Quintero, una de las más destacadas historiadoras venezolanas, con una trayectoria académica y de publicaciones clave e ineludible dentro de nuestra historiografía. Su obra además de amplia y versátil, desde el punto de vista temático, es de consulta necesaria para la comprensión de diversos procesos históricos venezolanos. Reiteramos nuestro mayor agradecimiento por su colaboración con este testimonio inexplorado sobre la Guerra Legalista a través de la óptica de un periodista, fotógrafo y aventurero estadounidense.

Prof. Francisco Soto Orúa

Coordinador del Grupo de Estudios Venezuela – Estados Unidos (GEVEU)

William Nephew King: Testigo y fotógrafo de la Revolución Legalista



Inés Quintero

En el mes de agosto de 1892 llegó a Venezuela un fotógrafo norteamericano. Vino a bordo de un buque cuyo propósito era proteger los intereses y la integridad física de los estadounidenses que vivían en el país. Se llamaba William Nephew King Jr. y era corresponsal de dos órganos de prensa de los Estados Unidos: el *New York World* y el *Harper's Weekly*.

Cuando desembarcó en La Guaira, la situación era absolutamente confusa. No se sabía con exactitud quién gobernaba el país y se tenían noticias de que un general se encontraba alzado y ofrecía recomponer la situación. Ni King ni los oficiales que estaban a bordo de la embarcación, conocían los detalles de las ocurrencias venezolanas. Estaban a la espera de alguna orden que orientara las acciones a tomar.

El continuismo de Andueza

La situación de Venezuela, para ese entonces, no era particularmente halagüeña. Apenas un año atrás el país empezaba a recuperarse de una implacable plaga de langosta

que había azotado la casi totalidad del territorio por espacio de cuatro años, acabando con las siembras de cuanto producto agrícola se cultivaba en el país y afectando de manera dramática su rutina económica.

En el transcurso del año 1891, se advinieron tímidos signos de recuperación en los precios del café, y la agricultura daba muestras de que lo peor ya había pasado. El ambiente era de optimismo, por una parte, pero por la otra, de enorme intranquilidad e incertidumbre política. Desde comienzos del año, la situación se encontraba enrarecida y no se sabía exactamente cuál sería el desenlace definitivo de los acontecimientos. Precisamente, ese ambiente de tensa incertidumbre era lo que había motivado el envío de tres buques de guerra norteamericanos y también el emplazamiento en La Guaira de otros barcos con banderas de diferentes países del Viejo Mundo.

Resulta ser que el 20 de febrero concluía el mandato del presidente Raimundo Andueza Palacio. Graduado de abogado en la Universidad de Caracas en 1874 y electo presidente de la República en marzo de 1890 para que gobernase el país hasta febrero del 92, el presidente Andueza había dado muestras fehacientes de no querer entregar el mando.

Antes de que finalizara el año de 1891, había promovido una reforma constitucional que le permitiera prolongar el período presidencial a cuatro años. Su propósito era que la mencionada reforma se sancionara inmediatamente, de manera tal que él estuviese en condiciones de beneficiarse del súbito cambio y prolongar su mandato por dos años más.

Como no podía recurrir a las armas para imponer sus designios ya que no era un hombre proveniente de los cuarteles ni de la guerra, sino conocedor de las leyes y habituado a la apacible vida del despacho abogadil, consideró más oportuno propiciar un artificio legal que le permitiese quedarse en el poder. Hizo caso omiso a todas las advertencias que le hicieron quienes, con justificada razón, auguraban una respuesta contraria y seguramente violenta a sus pretensiones continuistas.

Andueza insiste en su propósito de permanecer en el poder, persuadido de que no tendría contendor. En una reunión con sus más allegados, despachó el asunto sin eufemismos: "...en este país ya ni los gallos pelean, hay que traerlos de Puerto Rico!!!".

La reacción no se hizo esperar. Una evidente mayoría de diputados y senadores se opuso al proyecto, se negó a instalar el Congreso y publicó el 3 de marzo un manifiesto en el que dejaban absolutamente claro la ilegitimidad y arbitrariedad del recurso que intentaba Andueza. Cuarenta y seis firmas respaldaban el documento. Pero Andueza, dispuesto a no abandonar la Casa Amarilla, respondió a la disidencia legislativa con otro manifiesto dirigido a la Nación. Exponía el presidente que había un complot

contra el gobierno y que, ante la negativa del Congreso de proceder a instalarse para sancionar las reformas constitucionales, no tenía otra salida que mantenerse en el poder por dos años más, ya que no había ninguna instancia a la cual entregarle el mando. Por lo tanto, se acogería a lo pautado por la nueva Carta Magna, aun cuando ésta todavía no hubiese sido sancionada por el Congreso. El episodio, más allá de la arbitrariedad de Andueza y sus obsecuentes aliados, evidencia la descomposición política que afectaba al Partido Liberal.

Curiosamente no quedaban rastros visibles de la larga hegemonía de Antonio Guzmán Blanco, jefe de los liberales y artífice, desde 1870, de un pacto de convivencia entre los rústicos caudillos, generales triunfantes de la federación y los ricos comerciantes de Caracas, dueños del capital y ávidos de paz y tranquilidad. Durante 18 años funcionó sin sobresaltos la componenda pensada y ejecutada hábilmente por Guzmán Blanco.

En octubre de 1889, las estatuas del otrora jefe de los liberales amarillos fueron derribadas y la prensa atacó con furia los modos políticos y las triquiñuelas del general Guzmán Blanco. Todo ello bajo la mirada indiferente del presidente de la República, el Doctor Juan Pablo Rojas Paúl.

Para sorpresa de muchos, la muerte política del guzmancismo ocurrió sin que hubiese mayores complicaciones. El general Joaquín Crespo hizo un amago de revolución, pero no obtuvo ningún resultado. Ningún otro caudillo se levantó en armas para defender al Ilustre Americano, el insigne jefe de la causa liberal, a quien todos habían rendido pleitesía y obediencia.

Desaparecida la influencia decisiva de Guzmán Blanco como árbitro supremo y gran elector de los amarillos, las rencillas, intrigas y aspiraciones encontradas de los jefes y jefecillos que habían surgido a la sombra de Guzmán, convirtieron al desgastado partido en un archipiélago de grupos y grupitos cada uno presidido por un aspirante a ocupar el lugar del cual habían desalojado a Guzmán.

Muchos de aquellos hombres que, desde la gloriosa Guerra Federal, gozaban del prestigio que les había otorgado su sola presencia en los campos de batalla, estuvieron al frente de ministerios. Fueron presidentes de algún estado, miembros del Congreso de la República, Consejeros de Gobierno, Primer o Segundo Designados de la Presidencia o que, en alguna oportunidad, llegaron a ocupar la primera magistratura por disposición de Guzmán Blanco, guardaban la secreta aspiración de convertirse en el nuevo e indiscutible Jefe del Partido Liberal Amarillo, el cual no era más que un carapacho vacío, desprestigiado, carente de iniciativas y sin ningún tipo de respuestas que se ajustaran a las exigencias del país.

A esta languideciente situación del Partido Liberal se añadía una circunstancia especial: por espacio de dos décadas el país había disfrutado de una paz relativa. Ni la recluta forzosa, ni los empréstitos de emergencia, ni las inquietantes confrontaciones armadas perturbaron la rutina de los venezolanos durante dieciocho años. Mientras funcionó el acuerdo entre los caudillos — dueños de las armas—, los comerciantes —dueños del capital—, y Guzmán —dueño del poder— Venezuela vivió en paz. Era esa falsa sensación de armonía y concordia, forzadas por el sistema autoritario de Guzmán Blanco, el fundamento del mordaz y equivocado comentario que pretendía tranquilizar la conciencia de Andueza respecto al posible estallido de una guerra.

Como era de suponer, inmediatamente surgió un gallo dispuesto a dar la pelea. El general Joaquín Crespo no permitiría que, por ningún motivo, se violentaran la Constitución y las leyes. Era el pretexto perfecto para promover una revolución y disfrutar de los beneficios directos del poder. En dos ocasiones había intentado volver a la presidencia y no había obtenido resultados. Quizás, en esta tercera oportunidad, sería más afortunado.

La legalista de Crespo

Joaquín Crespo, a diferencia de Andueza, era un hombre de armas. Nació el 22 de agosto de 1841 en San Francisco de Cara en el actual estado Aragua. Sus padres eran de extracción humilde. Su mamá vendía arepas y su papá era curandero. Su juventud transcurrió en el pueblo de Parapara, en el Guárico. No había cumplido 18 años cuando se unió a las tropas de Manuel Borrego. Al comenzar la Guerra Federal, combatió bajo las órdenes de José de Jesús González, apodado “El Agachado González” y de Zoilo Medrano. Desde que se alistó en las filas federales, en 1859, hasta que concluyó la pacificación del país en tiempos de Guzmán Blanco, en el año 1874, Joaquín Crespo participó en todos los hechos de armas que definieron el rumbo político del país.

A los 23 años ostentaba el rango de general de la Federación, cuando se alzó en armas contra el Continuismo de Andueza era General en Jefe, tenía 50 años, había recibido 16 condecoraciones nacionales, 3 espadas de honor —una de ellas la espada del general Ezequiel Zamora el general del “Pueblo Soberano”—, 2 bastones de mando, 9 medallas extranjeras y 4 títulos honoríficos nacionales, entre los que se contaba el título del “Héroe del Deber Cumplido” otorgado por el Congreso en 1886.

En tiempos de paz le tocó ocupar los más diversos cargos públicos: Diputado en la Asamblea Legislativa del Guárico, Diputado y Senador del Congreso de la República, presidente de varios estados, Segundo Designado de la Presidencia, Ministro de Guerra y Marina, encargado del Poder Ejecutivo, miembro del Consejo Federal y Presidente de la República en el período 1884-

1886. Al terminar su mandato, fue el promotor principal del regreso de Guzmán Blanco a la Presidencia para el período conocido como La Aclamación. En 1888 aspiraba nuevamente la unción de Guzmán para convertirse por segunda vez en presidente de la República, pero Guzmán prefirió auspiciar la candidatura de Juan Pablo Rojas Paúl. Crespo, disgustado, se alzó contra el gobierno de Rojas pero no tuvo éxito. Fue sometido a prisión, tratado con especial consideración y se le recomendó que viajase al exterior. Regresó a Venezuela finalizando el año 1890.

En 1892 era, sin lugar a dudas, uno de los más prestigiosos y populares caudillos del Partido Liberal. Retirado de la vida pública en sus posesiones del llano, se mantenía al tanto de los movimientos que ocurrían en la capital. De forma tal que, al conocer las intenciones de Andueza, inmediatamente se opuso a la maniobra. Desde su hacienda "El Totumo" lanzó un manifiesto de guerra proclamando la legalidad. Era el inicio de la Revolución Legalista.

Rápidamente recibió el apoyo de importantes caudillos en diferentes lugares del país dispuestos a detener la arbitrariedad del presidente. El día 15 de abril, cuando la gente se disponía a asistir a las Iglesias para las festividades correspondientes al Viernes Santo, ocurría la primera escaramuza entre las tropas del gobierno y las fuerzas revolucionarias en el sitio de Jobo Mocho.

En el mes de junio, el avance hacia Caracas era inminente. Los consejeros de Andueza le recomendaron abandonar el país. El 17 de junio el presidente se embarcó en La Guaira en dirección a Europa y el gobierno quedó en manos del doctor Guillermo Tell Villegas, un abogado próximo a cumplir setenta años quien, en 1868 en ocasión de la Revolución Azul, también se había prestado para ocupar la Presidencia de la República luego de que falleciera el Jefe de la Revolución, el general José Tadeo Monagas. Su principal apoyo era el general Luciano Mendoza, el hombre fuerte detrás del primer mandatario.

El nuevo presidente busca llegar a un convertimiento con Crespo, pero éste le responde de manera contundente: "No reconozco a otro poder nacional que no sea el representado por el Ejército que mando". De ninguna manera estaba dispuesto a entrar en conversaciones con un hombre que había aceptado presidir un gobierno usurpador.

En Caracas el alzamiento de Crespo contó con el apoyo de los parlamentarios disidentes, y las barras asistentes al Congreso abucheaban a los "continuistas", aupaban a los "legalistas" y daban vítores al general Crespo. Se combate en las puertas de la capital. Cunde el pánico en la ciudad, hay recluta forzosa por parte del gobierno y de la revolución; se imponen contribuciones especiales, el comercio cierra sus puertas y quienes tienen algún chance, huyen despavoridos de la ciudad. No hay desenlace.

Crespo decide retirarse hacia el centro, toma Valencia y Puerto Cabello, fortalece sus posiciones para volver con mayor ímpetu sobre Caracas. Se combate en Los Andes, Oriente y el Llano. El General Eleazar Urdaneta a nombre de las fuerzas de occidente aspira tomar el control del poder, pero es derrotado.

El sustituto de Andueza, al no obtener ningún resultado con el Congreso ni con los revolucionarios, decide seguir la conducta de su predecesor. Al empezar el mes de septiembre, se dirige a La Guaira en compañía de su sobrino, Guillermo Tell Villegas Pulido, con el firme propósito de escapar cuanto antes del horror y el caos que mantienen paralizado al país. Cuando se encuentran dispuestos a embarcarse rumbo a cualquier destino, una comisión proveniente de la capital convence al joven Villegas, abogado como su tío, de que regrese a Caracas y se encargue de la presidencia. El joven abogado, quien no ha cumplido todavía cuarenta años, acepta la oferta.

El 2 de septiembre asume la presidencia, nombra su gabinete y dirige una alocución a los venezolanos que en nada se corresponde con la situación que enfrenta el país. Para sorpresa de su auditorio anuncia que gobernaría con el más amplio criterio administrativo, que atendería los problemas que afectaban la salud pública, que estaría atento a preservar la moral social y las buenas costumbres y que perseguiría el funesto vicio del juego hasta su exterminio definitivo. Su único apoyo es el general José Ignacio Pulido, sesentón y también tío suyo, de conocida estirpe liberal, quien acepta el Ministerio de Guerra y Marina y se compromete a dirigir las operaciones finales contra Joaquín Crespo.

Un mes más tarde, el Jefe de la Revolución Legalista se encuentra a escasos kilómetros de la ciudad. La noche del 4 de octubre hay un último combate. José Ignacio Pulido no logra derrotar a Crespo. Tío y sobrino, abandonan el país.

El 6 de octubre, la Casa Amarilla y el Palacio Municipal se encuentran cerrados, no hay persona alguna a la cabeza del gobierno. Hay saqueos, la multitud se dirige a las oficinas del periódico *La Opinión Nacional*, vocero oficioso del gobierno usurpador, es asaltada la casa de Andueza y las de sus más cercanos colaboradores. El pánico se apodera de la ciudad. Crespo envía tropas a poner orden. Esa misma noche un aguacero torrencial impide que se imponga la anarquía. El 7 de octubre entra Crespo a Caracas. La Revolución Legalista ha triunfado. Joaquín Crespo se convierte en presidente de Venezuela por segunda vez.

William Nephew King Jr.: Un testigo de excepción

Cuando Crespo se encuentra en las puertas de la ciudad, una semana antes de que tome el poder, aparecen en Nueva York las primeras noticias de las ocurrencias venezolanas. Las crónicas llevan por título “The Venezuelan Episode” y “The Civil War in Venezuela”, las publica el semanario Harper's Weekly, del cual William Nephew King era corresponsal. Quince días más tarde aparece una nueva reseña de los acontecimientos venezolanos, titulada “The Revolution in Venezuela”, firmada por King. Durante los meses de noviembre y diciembre los lectores del vocero norteamericano tienen oportunidad de conocer los avatares de la Revolución Legalista en dos últimas entregas: “Crespo's Great Victory” y “A Story of Venezuela's Revolution”. Estos tres últimos reportajes de King se publican acompañados de sugerentes fotografías tomadas por este testigo accidental de la Revolución Legalista, quien estuvo presente en los últimos combates y acompañó a las tropas al momento de ingresar a la capital.

Las crónicas de King reflejan las impresiones encontradas que podían generar en un visitante extranjero los sucesos venezolanos de aquellos meses. La huida de Andueza, luego la de Mendoza, más tarde la de Guillermo Tell Villegas y, por último, la fuga apresurada de los Pulido. A su estupor frente a los acontecimientos se suma la denuncia de los excesos, arbitrariedades y corruptelas de los hombres del gobierno en su lamentable deserción. Las reacciones de los diplomáticos extranjeros frente a las amenazas de los generales locales, están acompañadas de curiosas anécdotas que retratan el caos y la anarquía producto del desgobierno imperante en esas últimas semanas de septiembre.

La narración de King deja ver su simpatía por la revolución. Desde su punto de vista no hubo excesos ni desafueros por parte de los hombres de la Legalista, Crespo es presentado como un hombre preocupado por el orden y la legalidad, un caudillo que contaba con la aprobación popular y que logró reunir un poderoso ejército de voluntarios capaz de imponerse sobre sus contendores hasta lograr la victoria. Saluda, pues, de manera entusiasta, el triunfo de la revolución como el comienzo de un nuevo tiempo de paz y armonía, capaz de tranquilizar a las fuerzas extranjeras apostadas en La Guaira y de garantizar unas relaciones adecuadas con el vecino del norte.

La lectura de sus reportajes, además, nos ofrece una visión del ambiente existente en la capital en los días precedentes a la llegada de Crespo, así como las emociones encontradas de aquellos que participaron en la guerra en uno y otro bando. Los detalles cotidianos, la celebración de la victoria, las expectativas frente a la nueva situación, son algunos de los aspectos que recoge King en una crónica cuya motivación fundamental es dejar por sentado que el triunfo de la Revolución Legalista constituía

la mejor salida para la situación en la cual se encontraba Venezuela, luego de los desmanes de Andueza Palacio y de los abusos cometidos por quienes lo sustituyeron en el gobierno.

Un testimonio inadvertido

Sobre la Revolución Legalista de Joaquín Crespo se han escrito varios libros, muchos de ellos testimoniales. El más antiguo salió publicado en 1893 se trata de la *Biografía del benemérito general Joaquín Crespo*, escrita por uno de sus más fieles seguidores, Manuel Landaeta Rosales. Ese mismo año se publicó en Madrid la obra de Leonardo de Corcuera, *La Revolución de 1892 en Venezuela y sus hombres: retratos y apuntes biográficos*. Dos años más tarde, en 1895, salió publicado en Maracaibo el libro de Juan Lossada Riñeres, *Hombres notables de la Revolución Legalista*. Otros opúsculos y pequeños relatos de la guerra se publicaron antes de que finalizara el siglo XIX. Más recientemente, en el siglo XX, un largo estudio, *Crespo y la Revolución legalista*, escrito por Rafael Ángel Rondón Márquez, educador y periodista interesado en los temas de la historia venezolana, fue editado en 1973 por la Contraloría General de la República. Finalmente, sobre el tema de Crespo y La Legalista se encuentra el ensayo escrito por el Doctor Ramón J. Velásquez, *Crespo, el último caudillo de nuestro siglo XIX*, originalmente publicado en la revista *Resumen* el año 1992 y reeditado en la Colección de folletos Historia para Todos que auspiciaba el CONAC.

En ninguna de estas obras se menciona la presencia del norteamericano que acompañó a las tropas revolucionarias mientras estuvieron en La Guaira y que siguió con ellas hasta el triunfo de la Revolución. Tampoco hay la más mínima mención a los reportajes aparecidos en la prensa norteamericana; mucho menos se hace referencia al testimonio fotográfico registrado por el fotógrafo del norte. Tampoco, en mis pesquisas sobre los caudillos del siglo XIX y en mi recurrente trajinar por archivos y bibliotecas, había tenido conocimiento de la existencia de este peculiar e interesante material testimonial. Pero tal desconocimiento no puede atribuirse a falta de acuciosidad ni a un premeditado desinterés por parte de los autores que se han ocupado de estos hechos, sencillamente, se trata de una fuente de información que había permanecido inadvertida y que se encontraba bajo la custodia de la Academia Militar de Venezuela. La peripecia de su hallazgo merece ser contada.

Un sorpresivo hallazgo

Me encontraba tras la pista de sugerentes imágenes femeninas del siglo XIX con el propósito de que sirvieran de apoyo gráfico a una investigación que realizaba sobre las mujeres venezolanas de aquella centuria. El amigo Rafael Santana, quien para ese momento trabajaba en la Galería de Arte Nacional, me hizo saber que no hacía mucho tiempo se había expuesto en los espacios de la GAN, bajo la curaduría de María Antonia González, un conjunto de fotografías bastante llamativas de un fotógrafo norteamericano cuyo nombre no recordaba. Pero lo que sí recordaba claramente era que en la muestra había una serie de fotos de mujeres venezolanas que le habían producido un enorme impacto de allí que, a pesar de encontrarse enfrentado diariamente a imágenes, fotografías y cuadros de todo tipo, había guardado en su memoria aquellas imágenes femeninas recogidas por el lente del norteamericano.

Me decía que se trataba de fotografías de mujeres que formaban parte de una revolución: las troperas, compañeras de los soldados en campaña y que, si la memoria no le fallaba, algunas de ellas aparecían en actitud beligerante y con armas en la mano.

La información era prometedora, así que insistí en el asunto. Según apuntaba el amigo Santana, en el registro de la exposición constaba que las fotos formaban parte de una colección que le pertenecía a la Academia Militar de Venezuela. Corría el mes de noviembre del año 1993. Ni corta ni perezosa me dirigí a la Academia Militar de Venezuela y allí me recibió el mayor Gilberto José Hernández, quien se encontraba a cargo de la Dirección de Relaciones Públicas. Escuchó atentamente la relación pormenorizada de mis propósitos y el interés que tenían las fotos para mi investigación. Concluida mi exposición, me invitó a pasar a la oficina contigua a la suya y me condujo hasta una mesita con una tapa de vidrio en la cual se encontraba guardado el objeto de mi pesquisa.

Se trataba de un grueso álbum forrado en piel —en su mejor momento debió ser negra pero ya se encontraba magullada y desteñida—, de unos 50cm. de largo por 40cm. de ancho. Al centro sobresalían unas letras doradas que decían:

Venezuela and the Revolution

En la parte inferior había una etiqueta escrita a máquina en la cual aparecían mayores detalles sobre el libro:

Souvenirs of Revolution in Venezuela. Joaquín Crespo Chief of Revolution, Andueza Palacio President of Venezuela, with instantaneus phographs taken on the battle fields. 1892

Se me permitió extraer el álbum de su lugar de exhibición y, al abrirlo, me tropecé con una nota en letras góticas en la cual se dejaba conocer que el libro había sido donado a la Escuela Militar por el coronel Rodríguez Llamozas. En la página siguiente aparecía finalmente, la identidad del autor:

William Nephew King, Jr., war correspondent, *New York World* and *Harper's Weekly*.

El curioso álbum contenía recortes de prensa pegados con goma a las grandes páginas y numerosas fotografías redondas de pequeño formato tomadas por el propio King; la mayoría de los recortes correspondían a los reportajes escritos por él para *Harper's Weekly*.

El aparatoso libraco superaba por completo mis expectativas iniciales de obtener “sugerentes imágenes femeninas del siglo XIX”. Me encontraba, ni más ni menos, que frente al único testimonio fotográfico de una guerra civil en Venezuela y del cual, además, ningún investigador había tenido la menor noticia.

Ante mis ojos desfilaban las tropas, los “macheteros” y las mujeres que acompañaron al general Joaquín Crespo en su Revolución Legalista de 1892. El conjunto era sorprendente: el embarque de las tropas, las prácticas de guerra, los hombres y mujeres de la revolución, los veteranos de la guerra, los jóvenes soldados, los suministros para el combate, el hospital, la mesa de operaciones, el ejército en formación y mucho más. Casi una centena de fotos jamás reproducidas en libro alguno, con sencillas leyendas en inglés al pie de cada una de ellas. Algunas de ellas escritas en un inglés que hace pensar que quien las redactó no conocía bien el idioma.

Las imágenes eran sencillamente impresionantes. La fragilidad del armamento: machetes y fusiles antiguos; unos soldados flacos y desnutridos con el torso desnudo empuñando sus machetes de labranza. La pobreza del entorno, la precariedad manifiesta de aquellos ejércitos improvisados y las poses entusiastas de los combatientes, prestos a servir de modelos al fotógrafo “musiú” sobrecogían por lo insólito de cada una de las imágenes.

Eran el retrato de la Venezuela finisecular que mostraba sin eufemismos la cotidianeidad de lo que conocemos como una "guerra civil", la improvisación de un ejército que no daba muestras de serlo, sin la más mínima manifestación de pomposidad marcial, ni atavío jerárquico, tampoco gravedad ante la posibilidad de la muerte. Simplemente dejaban ver aquella impertérrita resignación de unos venezolanos que, una vez más, eran requeridos para zanjar una disputa por el poder.

Altamente sorprendida por el fortuito hallazgo y convencida de la imperiosa necesidad de rescatar aquel estupendo testimonio gráfico de la Revolución Legalista, me dispuse a hacer las diligencias que permitiesen recuperar las imágenes y me ocupé de averiguar mayores detalles acerca del desconocido personaje que había tomado las fotografías y había preparado aquel extraño álbum que reposaba en la mesita de la oficina de Relaciones Públicas de la Academia Militar de Venezuela.

Lo primero que se me ocurrió fue tratar de hacer un libro que recogiese la totalidad de las fotos y que incluyese un estudio introductorio sobre la Revolución Legalista y, por supuesto, una noticia sobre William Nephew King Jr., quien había estado en nuestro país acompañando al general Joaquín Crespo en la revolución que lo convirtió en Presidente de Venezuela por segunda vez. El objetivo era conseguir alguna instancia que se entusiasmara con el proyecto. Mis esfuerzos, en aquel momento, resultaron infructuosos.

Sin embargo, estimé conveniente adelantar las averiguaciones que me permitiesen conocer mayor información sobre el visitante norteamericano del año 1892. La pesquisa no fue fácil. Sencillamente no había la más mínima información sobre el personaje. En la bibliografía sobre La Legalista no se mencionaba para nada al norteamericano; en las referencias sobre el tema de la fotografía en Venezuela tampoco había registro alguno sobre las fotos ni sobre el fotógrafo; en las listas de viajeros tampoco aparecían noticias sobre King. Transcurría el año 1994.

Me decidí entonces a escribir a la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos para obtener información sobre William Nephew King y recibí una respuesta poco alentadora. Sobre la participación de King en el episodio venezolano no había ninguna referencia, tampoco sobre las fotos. Sí había un libro escrito por él, que recogía su experiencia en la Guerra Hispano Cubana de 1898. El compañero de aventuras del general Crespo era, pues, un teniente de la Marina Norteamericana que había participado en la guerra Hispano-Cubana de 1898 y que había escrito un libro sobre el suceso.

En 1996 tuve ocasión de viajar a California por motivos académicos y, en mis indagaciones, logré un nuevo resultado. En la biblioteca de la Universidad de California, en Los Ángeles, se encontraba la publicación a la que William Nephew King había

enviado los reportajes hechos por él mientras acompañaba a Crespo y sus tropas, como ya se dijo, el semanario *Harper's Weekly* de Nueva York. Es bueno recordar que, para entonces, no había manera de hacer estas pesquisas por internet

En la información recabada como resultados de mis indagaciones, pude reconstruir parcialmente algunos datos sobre William Nephew King Jr. En 1875 se recibió de cadete en la Marina de los Estados Unidos y en 1884 obtuvo su grado de teniente. En 1892 se encontraba en Curazao y se embarcó en dirección a Venezuela en uno de los buques enviados para proteger las propiedades y la vida de los norteamericanos residentes en Venezuela, en vista de la intranquilidad y la anarquía que reinaban en el país. De acuerdo a las notas de prensa publicadas en la prensa venezolana unos meses más tarde, se unió a las tropas revolucionarias, fue hecho prisionero en Puerto Cabello y luego liberado por el ejército revolucionario cuando tomaron la ciudad. En compañía de las huestes de Crespo, entró en Caracas el 7 de octubre de 1892.

Regresó a Venezuela en 1893 y fue condecorado por el presidente con la orden Busto del Libertador en su cuarta clase, condecoración que se otorgaba a los “servidores distinguidos de la Patria”. La prensa caraqueña dio cuenta de su visita, en *El Diario de Caracas*, *El Correo de los Estados*, *El Siglo*, *El Diablo* y en *El Cojo Ilustrado*, importante revista de la época, se reseñó la presencia del corresponsal de los Estados Unidos y se mencionaron algunas de las actividades sociales asociadas a su visita. Hubo recepciones, banquetes y festejos en honor del visitante quien fue recibido por el presidente en su casa de habitación.

Ese mismo año *El Diario de Caracas* publicó una crónica titulada “Las bellas mujeres de Caracas”, escrita por el amigo King. Tres años más tarde William Nephew King Jr. regresó a Venezuela. En esta ocasión venía con el propósito de recabar información y elaborar una serie de reportajes sobre el diferencio limítrofe entre Venezuela y Guayará y las aspiraciones inglesas sobre estos territorios. Viajó al Estado Bolívar, visitó comunidades indígenas, estuvo en la población de El Dorado, navegó por el río Cuyuní y sus impresiones y comentarios del viaje los publicó en *The Century Magazine* en el número de julio del año 1896 bajo el título “Glimpses of Venezuela and Guiana”.

En el ambiente de efervescencia patriótica que había suscitado en Venezuela el conflicto con Inglaterra, tuvo ocasión de participar en un acto en la Plaza Bolívar. Las palabras finales de su breve discurso eran de solidaridad con la causa venezolana. Decía así a los asistentes al acto: “Los hijos de Venezuela están listos, si fuere necesaria la guerra a armarse contra nuestro enemigo común: Inglaterra. Siento mucho no poder continuar este discurso, solo sé cien palabras en vuestro idioma y todas las he usado. Me restan dos que aún recuerdo: ¡Viva Venezuela!” Al año siguiente salía publicado en *The Colliers Weekly*, otra revista

norteamericana, un reportaje titulado “Life in Venezuela’s Capital” y otro bajo el título “Crespo’s two Palaces” publicado en *Harper’s Weekly* en diciembre de 1897. No hay noticias de que volviese a Venezuela.

Un feliz desenlace

Todos estos datos los guardé entre mis papeles para una mejor oportunidad. Se mantuvieron en mi archivo por varios años, hasta que, en septiembre del año 2000, una institución privada tuvo conocimiento de que yo tenía información privilegiada sobre un álbum de fotografías del siglo XIX y tomaron contacto conmigo. Ya habían pasado siete años desde mi primer encuentro con las fotos y reportajes de William Nephew King Jr.

Decidí visitar nuevamente la Academia Militar, fui directamente a la oficina de Relaciones Públicas y entré al sitio donde había visto por última vez la mesita con el álbum. Pero ni la una ni el otro se encontraban allí. Sencillamente habían cambiado de lugar y no se sabía su paradero. Me atendió con mucho interés el capitán Rommel Aular Delgado. Me acompañó en la búsqueda, visitamos el Museo, abrimos gavetas, revisamos estanterías y no dimos ni con la mesa ni con el álbum, intentamos en la Biblioteca, pero el álbum no apareció. La frustración y la angustia fueron muchas. Ahora sí había recursos, tenía los reportajes, conocía algunos datos del visitante, pero no estaban las fotos.

Unos meses más tarde tomé la resolución de escribirle directamente al Ministro de la Defensa, el Doctor José Vicente Rangel. El 19 de marzo de 2001, en una breve carta le comenté el asunto, me recibió en su despacho, y me manifestó su interés en la historia y las fotos de William Nephew King Jr.

Visité nuevamente la Academia y me atendió el mayor Rober José González Maita. Luego de escuchar mi relato sobre la investigación, me invitó a la oficina contigua a la suya y me mostró el objeto de mi pesquisa que se encontraba en la mesita con tapa de vidrio ubicada en la oficina de Relaciones Públicas de la Academia Militar. Resultó ser que el Mayor González al encargarse de esta oficina, decidió organizar los materiales que se encontraban en los depósitos y allí reapareció intacto el Álbum de La Legalista. Inmediatamente obtuvimos autorización del Ministro Rangel para reproducir el material fotográfico y empezar a trabajar en su publicación. De inmediato conversé y comprometí a Carlos Germán Rojas, gran amigo y excelente fotógrafo, para que, sin demora, pudiese hacer la reproducción de las imágenes que contenía el escurridizo álbum.

La edición está acompañada de los reportajes publicados en la prensa norteamericana. Solamente pudieron ser ubicados los del semanario *Harper's Weekly*. Los dos primeros se corresponden con los comentarios iniciales que aparecieron sin firma en esta revista sobre los sucesos venezolanos; los otros tres son firmados por King y dan cuenta de su simpatía por la Revolución y por su jefe: el general Joaquín Crespo.

Tiene así el lector en sus manos un testimonio desconocido por la mayoría de los venezolanos. Su edición bajo el auspicio del Ministerio de la Defensa, custodio y dueño de la colección fotográfica, ofrece la posibilidad de conocer las impresiones de este visitante extranjero acompañados de las imágenes inéditas de las huestes caudillistas del general Crespo, aquellos hombres y mujeres, víctimas contingentes de la intranquila beligerancia que caracterizó la vida de los venezolanos durante el siglo XIX. En el diseño gráfico nos acompañó Alejandro Calzadilla, diseñador gráfico y también gran amigo.

Cuando han transcurrido más de cien años del episodio, la lectura de estas líneas y la mirada sobre estas fotografías, constituyen una excepcional oportunidad para aquilatar la distancia que nos separa de aquellos días en que dirimíamos nuestras diferencias con el auxilio de las armas.

Recuerdos de la Revolución en Venezuela



William Nephew King

El episodio venezolano

Una flota de buques de guerra bajo el mando del Almirante Walker, ha sido enviada a Venezuela para brindar protección a los ciudadanos americanos. Sin embargo, las naves arribarán demasiado tarde para impedir todos los ataques o para proteger a nuestra bandera contra cualquier ofensa.

La revolución en Venezuela, como en muchas otras de su estilo en Sur América, ha sido amparada por acciones de violencia e injusticia. Uno de los generales del Gobernante [Andueza] Palacio preparó su propia rebelión en Maracaibo, mientras [Luciano] Mendoza, quien se declaró a sí mismo dictador y forzó un préstamo de 200.000 dólares, voló a la isla holandesa de Curazao. No obstante, antes de huir, éste era culpable de cometer un gran número de atrocidades contra los ciudadanos americanos. Por ejemplo, se rehusó a autorizar la entrada del buque de pasajeros Venezuela, de la línea American Red D, hasta que fue forzado a ello por el comandante de un buque de guerra francés anclado en el puerto de La Guaira. Este puerto se encontraba bajo el mando de [Andueza] Palacio, y fue aquí donde los venezolanos abrieron las talegas que contenían el correo, las cuales eran

transportadas en el buque a vapor *Philadelphia* perteneciente a la misma línea, destruyendo parte de su contenido. En esta ocasión, un buque de guerra alemán ofreció protección al cónsul de los Estados Unidos.

En otra oportunidad, un funcionario de reclutamiento de [Andueza] Palacio detuvo a un mensajero del consulado de los Estados Unidos y tratando de escapar hacia la casa del vicecónsul británico, fue seguido y golpeado miserablemente por las tropas venezolanas. Los cónsules de los Estados Unidos, Inglaterra y Dinamarca protestaron y [Andueza] Palacio les sugirió que olvidaran el asunto o el *exequator* del vicecónsul británico sería retirado y posteriormente encerrado en prisión. Ante esto, los comandantes de los buques de guerra de Inglaterra, Francia, España y Alemania amenazaron con enviar a tierra un escuadrón de marinos para la protección de los consulados de Inglaterra y Estados Unidos.

Dada la cortesía de estos representantes de las potencias europeas, los ciudadanos americanos residentes en La Guaira aprobaron una moción de agradecimiento.

Es muy lamentable que nuestros propios buques de guerra no hubieran llegado antes de que se produjeran estos desagradables incidentes. Existe una labor más importante esperándolos que el arreglo de un dudoso incidente diplomático. Cuando el gobierno venezolano retiró a los refugiados de la cubierta del barco estadounidense *Caracas*, éste se encontraba en el puerto venezolano de Puerto Cabello, proveniente del también puerto venezolano de La Guaira. Estos son los hechos como los conocemos, y existen enormes dudas sobre si nuestro país debiera exigir compensación por dicha acción. Sin embargo, los Estados Unidos tienen una obligación que cumplir con los ciudadanos estadounidenses residentes en países extranjeros, así como protegerlos de ataques como los perpetrados en su contra por parte de los venezolanos. No obstante, lo humillante es que nuestros compatriotas fueron abandonados a merced de bárbaros, y no contaron con ningún tipo de protección, de no ser por la intervención de los funcionarios europeos. La revolución lleva algunos meses y durante ese tiempo, debió mantenerse un buque de guerra estadounidense en esas aguas. La presencia de la nave hubiese evitado, sin duda alguna, cualquiera de los ataques perpetrados contra los ciudadanos estadounidenses y sus propiedades

Harper's Weekly Journal of Civilization
Nueva York, 1º de octubre de 1892, No. 1867, p. 939
Sin firma

La Guerra Civil en Venezuela

Las repúblicas suramericanas generalmente se encuentran en una de estas tres condiciones: sumidas en una guerra civil, reconstruyendo el orden resultante del caos de la revolución o preparándose para una nueva agitación. Éste ha sido el caso, en gran medida, desde que las diferentes repúblicas se rebelaron contra la autoridad del Viejo Mundo y pasaron a ser estados independientes. Algunas de ellas, por cierto, han sido más estables que otras, pero no hay mucha diferencia. Los hispanoamericanos parecen ser, por naturaleza, conspiradores contra las autoridades del momento y contra el orden natural de las cosas. Los estadounidenses ya estamos tan acostumbrados a este tipo de situaciones en el hemisferio sureño que, de no ser por los intereses norteamericanos en estos países, no nos sentiríamos invitados a interesarnos en las recurrentes revoluciones, excepto como espectadores inútiles. Sin embargo, las relaciones comerciales entre los Estados Unidos y los diferentes estados suramericanos, han venido creciendo en forma más estrecha año tras año, de manera tal que, en cada puerto, ya sea en el Atlántico o en el Pacífico, existen numerosos comerciantes estadounidenses establecidos, y en estos puertos, la bandera americana es utilizada en algunas ocasiones por los barcos mercantes. Estos intereses, tanto grandes como pequeños, requieren de protección en esos tiempos en los que la ley y el orden se derogan y los países están entregados a la ley de la calle o al dominio despótico de un dictador. Entre estas repúblicas, Venezuela ha tenido su cuota completa de revoluciones.

En la ocasión en que estallaron los problemas actuales de Venezuela, no se encontraba ningún buque de guerra estadounidense en aguas venezolanas, por lo tanto, parecía fácil para el dictador de turno, hacer lo que quisiera con la propiedad de los americanos, así como dificultar la entrada y salida de los navíos estadounidenses. Tal discriminación fue impedida por los buques de Alemania y Francia, y actualmente el almirante Walker del Escuadrón del Atlántico Norte, se encuentra en camino, con tres buques de guerra, con el fin de garantizar que no se cometan abusos contra los derechos de los americanos. Estos buques son el *Chicago*, el *Concord* y el *Kearsage*. Los dos primeros se encuentran entre los mejores y más representativos buques del Escuadrón Blanco, y su sola presencia en las aguas cercanas a Caracas producirán un efecto pacificador e impresionante. Después de su llegada no será necesario apelar a los cónsules de Francia y Alemania, ni a sus buques. Aún no se conocen las órdenes dadas a los comandantes ni al almirante Walker.

En cuanto al cariz del conflicto actual en Venezuela, se debe decir que el mismo es, de alguna manera, parecido al incidente de Balmaceda en Chile, un ejemplo de ello es la pelea entre el poder Ejecutivo y el Congreso. Sin embargo, este conflicto aparenta ser más sórdido que el de Chile y el asunto que en principio lo originó ha sido, en gran medida, la pérdida de las perspectivas

por la avaricia de hombres que, en diferentes oportunidades, han ocupado el poder con el solo fin de enriquecerse a sí mismos, mediante la imposición forzada de impuestos a todas las personas bajo su control. [Luciano] Mendoza, quien se declaró dictador, parece haber hecho lo mismo durante el período de ocupación de la oficina, mediante la recaudación de 200.000 dólares utilizando este método de extorsión y huyendo del país, una vez que aseguró el dinero en su poder. De ese sórdido metal parece ser que están hechos estos patriotas venezolanos.

Hubo otro aspecto de este conflicto civil que se peleó en las cortes de Nueva York, en Estados Unidos. El Ministro de Venezuela presentó una queja ante las autoridades estadounidenses, en la cual dice que el vapor americano *South Portland*, fue cargado con armas y municiones y enviado con rumbo a Venezuela para ayudar al enemigo en la lucha. Éste por lo tanto, denunció al *South Portland* con el fin de impedir que obtuviera los documentos de autorización. El caso fue atendido por el Comisionado de los Estados Unidos, pero éste consideró que el Ministro venezolano no había presentado un caso lo suficientemente claro como para justificar la retención de los documentos del *South Portland*. Por consiguiente, el buque zarpó. El Ministro, anticipándose a esto, trajo un barco más rápido que el *South Portland*, con la idea de seguirlo y adelantarlo antes de que éste llegara a aguas suramericanas. Para el cierre de esta edición, no se conocía el nombre de la embarcación que se iba a enviar, ni si la misma zarpó. En caso de que el buque navegue en persecución, ésta será una carrera algo similar a aquella del *Charleston* tras el *Itata* en el conflicto chileno. La vacilación del Ministro venezolano de iniciar la persecución del barco está justificada de acuerdo con el convenio que garantiza, de parte del Presidente, que las lanchas cañoneras venezolanas estarán ubicadas de forma que el *South Portland* no pueda descargar ni entregar la carga a su destinatario, la cual quedará inevitablemente en manos de estos botes de vigilancia. De ser retenido el *South Portland* y de estar equivocado el Ministro venezolano con respecto a la naturaleza de la carga de éste, se sumará un elemento interesante a las complicaciones ya existentes.

Venezuela cuenta con una población de 2.500.000 habitantes aproximadamente y sus importaciones son de unos 3.000.000 de dólares anuales, mientras que exporta alrededor de 4.000.000 de dólares. Las ciudades principales son Valencia y Caracas, y el puerto más importante es el de La Guaira, donde se escenificó el incidente del barco estadounidense. Es a este puerto al que está asignado el almirante Walker. La costa de Venezuela fue el primer lugar divisado en el Continente Americano por Cristóbal Colón, quien durante su tercer viaje, en 1498, entró en el Golfo de Paria y navegó a lo largo de la costa del delta del Orinoco. En 1550 [sic], el distrito se erigió como la Capitanía General de Caracas. La misma se mantuvo bajo el mando español hasta que el Libertador Bolívar, nativo de Caracas, organizó una exitosa revuelta en 1810 [sic], para librarse del yugo español. Esta revolución se llevó a cabo en conjunto con otros países suramericanos. En 1821, después de años de lucha, los españoles fueron derrotados,

pero no fue sino hasta 1825 [sic] que España reconoció la independencia de estos estados y, durante algunos años, de 1830 a 1846, Venezuela disfrutó de una paz relativa. Los disturbios civiles comenzaron a partir de este último año hasta 1870, con cortos períodos de descanso. Tempranamente en su historia se introdujeron esclavos negros en Venezuela, pero durante una de las revoluciones, la de 1854, se llevó a cabo la emancipación de los mismos. En diciembre de 1870, Don Guzmán Blanco fue declarado Presidente provisional, hasta 1873 cuando fue elegido Presidente constitucional. Fue debido a la habilidad y a la energía de [Guzmán] Blanco, que Venezuela disfrutó de años de paz y prosperidad. La constitución de la república fue redactada al estilo de la carta magna de Estados Unidos.

El Sr. W. Nephew King, al escribir recientemente desde el pueblo holandés de Curazao, comentó lo siguiente acerca de esta revolución:

“Pareciera que ha habido más lucha por los botines que por la gloria, y cada general, tan pronto como reúne a algunos hombres a su alrededor, inicia su pequeña y propia revolución, forzando préstamos de indefensos comerciantes, para luego huir y dejar su ejército en el campo, mientras éste aprovecha los faltos de su rapiña y saqueo. La pequeña isla holandesa de Curazao, con sus pintorescas casas e inmaculadas calles, proporciona un silencioso santuario, en contraste con el ruido y el tumulto de la Venezuela dirigida por la guerra. Uno a uno los líderes de ambas partes, sintiéndose enfermos por las diarias escenas de derramamiento de sangre, se han ido navegando con sus familias a través del Mar Caribe para iniciar un nuevo hogar en Curazao. En comparación, el ambiente que se encuentra allí es casi sobrenatural. Petróleo y agua, luz de sol y oscuridad, nieve y fuego no son más diferentes que los apasionados e impulsivos hispanoamericanos y los tranquilos, lentos y pacíficos descendientes de la vieja Holanda. Durante siglos, éstos últimos han vivido en medio de la revolución y el caos y todavía son pechados por el diezmo que se remonta al tiempo de Van Tromp. ‘Sopla un viento de enfermedad que no es bueno para nadie’, sin embargo, los conflictos revolucionarios que casi han paralizado el comercio de Venezuela han enviado un próspero comercio a la isla vecina”.

Harper's Weekly Journal of Civilization
 Nueva York, 12 de octubre de 1892, No. 1867, p. 943
 Sin firma

La Revolución en Venezuela

*W. Nephew King Jr.
Caracas, 1892*

La revolución en Venezuela se ha convertido en algo patéticamente gracioso, es como una ópera sin un tema o una obra sin una trama. Mientras el valiente Crespo con sus fuertes seguidores va alcanzando la ley y la justicia escrita con sangre sobre cada estandarte, así mismo va cerrando gradualmente el cerco al gobierno existente, si así se le puede llamar. Un presidente sigue al otro y un general sucede a otro general, cada uno ocupa el puesto el tiempo suficiente como para llenar sus patrióticos bolsillos y luego escapar a un lugar más agradable.

Caracas, la hermosa capital de la república, conocida como la “Pequeña París” durante el período de Guzmán Blanco, es ahora un pueblo desierto. Los teatros están cerrados, ya que se considera peligroso que las personas se reúnan en tiempos de cambios. La gran Plaza Bolívar, con su maciza figura ecuestre del inmortal héroe, está tan silenciosa como su dorada tumba en el Panteón. El rugir de los bravos toros del circo los domingos en la tarde, ha sido reemplazado por las suaves tonadas de la música proveniente de las iglesias, mezcladas con *Te Deums* para algunas victorias anunciadas o con oraciones por la paz de las almas de los difuntos. Los negocios están paralizados, el comercio retrasado y las mujeres apenas hablan en susurros.

Tal es el caos en el cual Andueza Palacio sumergió a este bello país, desertando cobardemente cuando sonó la alarma de guerra, de forma de disfrutar en tierras extranjeras, los diez millones de bolívares que tomó del tesoro nacional. Bajo estas condiciones encontró el general [Luciano] Mendoza a la infortunada Venezuela, dejándola aún peor cuando éste se declaró Dictador, cobró impuestos de guerra de dos millones de bolívares y se escabulló al amanecer, dejando a sus pobres soldados famélicos en el campo de batalla. Todos salvan a aquellos cuyos intereses económicos hacen que su presencia sea absolutamente necesaria y otros demasiado pobres para volar, han buscado un santuario en la pequeña isla holandesa de Curazao. Allí, en medio de las altas palmeras de sus pacíficas orillas, muchos políticos prominentes esperan silenciosamente el acto final de este turbulento drama del Caribe.

El arbitrario dictador Mendoza, que amenazó con asesinar a todos los extranjeros que vivieran en La Guaira—, Rojas Paúl, el ex-Presidente quien traicionó a su amo Guzmán Blanco y de quien se comenta que está tramando otra revolución; y [Domingo] Monagas, el Presidente del Estado Bermúdez quien se escabulló al terminar la noche, bajo la promesa de no tomar parte en el conflicto existente si se le dejaba en su posición actual, están casi a un paso de estas escenas de crimen y derramamiento de sangre.

Mendoza es el clásico ejemplo de estos hombres autodesignados, cuya efímera ley casi ha dividido en dos a la desafortunada Venezuela. Su anárquica carrera fue un reino de terror que llevó a las personas hacia los días de la Comuna de París. Una mañana en Caracas, éste se presentó como el comandante en jefe de las fuerzas del gobierno y se dirigió a la Casa Amarilla. Guillermo Tell Villegas estaba para ese entonces, actuando como presidente de Venezuela. Volviéndose hacia el presidente, sin siquiera la formalidad de los "buenos días", el general del ejército dijo:

"Presidente Villegas, creo que usted encontrará que un cambio de ambiente será beneficioso para su salud. Mientras tanto, yo me proclamo a mí mismo, Dictador de la República".

Villegas no pronunció palabra con respecto a esta toma de mando, sino que silenciosamente desocupó la oficina y adquirió un pasaje con rumbo a Nueva York en el primer vapor correo. Ahora el plan de Mendoza era dar con una manera de ocultar su proyecto de robar al fisco. La forma era colocando a un presidente que obedeciera sus órdenes, para lo cual encontró a Villegas Pulido, un sobrino del presidente anterior. ¿Cómo podría ejecutarse este diplomático golpe maestro? Pulido era el noveno en la lista de vicepresidentes, de los cuales diecinueve calificaban para ocupar el puesto más deseado. ¿Cómo podría él pasar sobre los ocho superiores? ¡La fabulosa imaginación de Mendoza! Encarceló a los ocho candidatos y de este modo nombró al actual gobernante de los Estados Unidos de Venezuela.

Mendoza estaba un poco corto de fondos y un dictador no podía permitírselo a sí mismo. El tesoro nacional estaba vacío, ya que Andueza Palacio tomó diez millones de bolívares antes de huir dos meses atrás. La situación era embarazosa hasta para Mendoza, pero su fértil inteligencia vino al rescate.

"Los comerciantes deben tener dinero", murmuró, "y un ciudadano patriota, siempre debe contribuir libremente en apoyo de su gobierno".

Los patriotas, al igual que las visitas de los ángeles escasean. Sin embargo, en esta precisa etapa del drama, por primera vez el gran Mendoza estaba desconcertado.

«Hay que exprimir a esos tipos insolentes», dijo, «y tenemos una gran cárcel en La Guaira».

Inmediatamente procedió a buscar a algunos de los ciudadanos rebeldes.

Sin embargo, desafortunadamente para él, entre éstos se encontraban varios cónsules extranjeros. El representante de Estados Unidos, Philip C. Hanna, había sido designado como decano del cuerpo consular. Éste presentó una protesta tan vigorosa, que las cubiertas de los barcos de guerra españoles y franceses se prepararon para la acción, cargaron sus cañones y los apuntaron hacia la pequeña casa de la aduana que estaba al pie de la montaña.

“A menos que los cónsules extranjeros sean liberados inmediata e incondicionalmente,—dijo el comandante francés—, bombardearé la ciudad”

“El primer tiro que se dispare hacia La Guaira —respondió Mendoza— será la señal para comenzar la masacre de todos y cada uno de los extranjeros”

“Puede que se produzca el primer muerto, pero Mendoza será el segundo” fue la oportuna respuesta del francés.

No obstante, los cónsules fueron liberados, y Mendoza, encontrando que “la discreción es la mejor parte del valor”, huyó hacia tierras más propicias al amanecer del día siguiente.

La excusa de Mendoza para sus acciones es tan graciosa como única, y claramente indicativa de la forma de administración del actual gobierno. «Yo había estado peleando las batallas del gobierno en el campo, durante varios meses —dijo— cuando me enteré de que se iba a realizar una distribución de los botines. Al revisar la lista de oficiales y el dinero que se iba a pagar, no vi ni mi nombre ni el de ninguno de mis oficiales. Cuando llegué a Caracas me encontré con que cada uno se estaba sirviendo por sí mismo, y decidí que yo haría lo mismo”.

Así fue la breve carrera de una de las estrellas de este pequeño drama. Hay otra, de menor magnitud, que ha atraído mucho la atención, especialmente en Estados Unidos. Es un tal [Neptalí] Urdaneta, quien está siendo buscado ahora por el almirante Walker y tres barcos de guerra. El individuo en cuestión es más bien una figura única en la política venezolana. Se le confió el mando del ejército de occidente al inicio de la revolución, y mientras actuaba como gobernador militar de Puerto Cabello, se le ocurrió la idea de convertirse en presidente.

Reuniendo a su alrededor a unos pocos seguidores, inició su propia pequeña revolución, negándose a reconocer al gobierno de facto de los revolucionarios bajo el mando de Crespo. Un día el vapor americano *Caracas* entró a los muelles de Puerto Cabello,

llevando a bordo como pasajeros a seis venezolanos con pasaportes expedidos por el gobierno de turno. Urdaneta, pensando que estos hombres podrían, en cierta medida, ser peligrosos para su causa si los dejaba confinados, los reclamó como prisioneros. El capitán del *Caracas* protestó contra la medida de bajarlos del barco. Urdaneta le respondió que podía protestar todo el día, pero que él quería a esos hombres y que los tendría vivos o muertos. «Voy a apresar a estos hombres —dijo— y luego Estados Unidos que envíe sus barcos para recuperarlos».

Como consecuencia, Estados Unidos envió sus cañoneras y, en este justo momento las cosas lucen oscuras para el Señor Urdaneta. El gobierno actual lo ha repudiado oficialmente, y se ha negado a asumir cualquier responsabilidad por su proceder; los revolucionarios, bajo el mando de León Colina, lo derrotaron recientemente en una sangrienta batalla cerca de Coro. A su regreso a Puerto Cabello, la encontró en manos de la gente de Crespo. Maracaibo se ha revelado en su contra, Colina tomó a Valencia, y Urdaneta no tenía otro lugar a donde ir que a la isla holandesa de Aruba. Se dice que se encuentra allí esperando el desarrollo de los acontecimientos, y tramando nuevos esquemas revolucionarios.

La acción de las autoridades actuales en el poder, colocan a Urdaneta en la categoría de saqueador o pirata, y como tal está expuesto a la captura por parte de cualquier nación civilizada. Algunos dicen que está pensando en atacar a La Guaira por mar, y que puede aparecer en cualquier momento. Sin embargo, si se llega a poner al alcance de los cañones del almirante Walker, será un mal día para este polifacético general.

Mientras tanto, Crespo está concentrando sus fuerzas alrededor de Caracas, y embarazando, molestando a la gente del gobierno mediante una serie de pequeñas escaramuzas en diferentes lugares del estado. Sin embargo, no avanzará sobre la capital, hasta que no esté seguro del concurso del vapor *South Portland*. Todavía es imposible decir exactamente dónde desembarcará su cargamento de armas y municiones. Esto es todo lo que ha demorado su avance sobre Caracas porque, aunque el ejército conste actualmente de 20.000 hombres, está mal equipado y ha tenido que vérselas con dificultades que hubieran aplastado a cualquiera, menos a la voluntad indomable y al gran valor personal de Crespo.

Harper's Weekly Journal of Civilization
Nueva York, 15 de octubre de 1892, No. 1869. p. 995

La Gran Victoria de Crespo

*W. Nephew King Jr.
Caracas, 1892*

Después de meses de caos y oscuridad —meses cuya triste historia está escrita con sangre, surge una era de paz y tranquilidad para la bella Venezuela; lo cual, según Joaquín Crespo, el valiente defensor de la constitución, favoreció los buenos auspicios de la región para que ocupara su antiguo lugar como el principal estado comercial de Sudamérica. Desde el primer día en que el sol brilló para el nuevo gobierno, los negocios recibieron su impulso inicial, los asnos se doblaron por los caminos montañosos bajo el peso de los sacos llenos de café, y las largamente demoradas chalanas mercantes enfilaron sus proas hacia el puerto de La Guaira.

La paz tiene sus victorias, al igual que la guerra, y por ello es justo presumir que la marea de la prosperidad estará en pleno apogeo en lo sucesivo. La bien merecida victoria de Crespo fue un triunfo del pueblo contra el tirano Andueza Palacio. Este último y su banda de ladrones organizados, son ahora fugitivos de la justicia, después de haber empobrecido al país que ellos decían amar y de abandonar a los pobres soldados a los cuales obligaron a pelear. Mientras los oficiales viven en la opulencia lejos de su tierra natal, miles de sus soldados duermen en rumbas frías pero honrosas.

Seis meses tardó el intrépido Crespo en reunir a su alrededor a un puñado de “macheteros” y en abandonar la capital para pelear contra veinte mil efectivos del gobierno bien equipados. Mientras marchaba triunfante la semana pasada por las calles de Caracas, seguido por un ejército de 17.000 hombres, cada uno de los cuales se había ofrecido voluntariamente para pelear bajo el tricolor de la revolución, parecía difícil creer que cada fusil, cada lanza, cada machete, hubiera sido arrebatado de las manos del enemigo o entregado por alguno de sus soldados, presa del pánico; y puedo decir que esto no es una exageración.

Resultó conveniente para Pulido y su gabinete de cobardes, huir en la oscuridad y esconderse detrás de las armas del buque de guerra francés ya que, de haber sido expuestos a la justa ira de los revolucionarios, ahora habría nueve criminales menos en el mundo. Me es grato relatar que ningún barco estadounidense le brindó asilo a ninguno de ellos, y que tanto los comandantes franceses como los españoles fueron censurados por sus ministros por haberlo hecho. El tema de ofrecerle asilo a soldados derrotados en países revolucionarios está abierto a la discusión de los estudiosos del derecho internacional, pero cuando estos

mismos soldados se convirtieron en ladrones públicos, abandonando a sus ejércitos sobre el campo de batalla y dejando a sus hombres sin pago y famélicos, se convirtieron en criminales —no en refugiados políticos— y como tales, se les debía dejar que enfrentaran un juicio, de acuerdo con las leyes de sus respectivas repúblicas.

La noche en que Pulido y su gabinete huyeron de Caracas, fue una noche que vivirá por siempre en la memoria de aquellos que se encontraban en la ciudad. Tan pronto como se recibió el anuncio de la derrota de las tropas del gobierno en Puertas Mochas, se hicieron los preparativos para una partida apresurada. Los oficiales llegaron a la ciudad alrededor de las cuatro de la tarde, empacaron todo lo que pudieron llevarse de la “Casa Amarilla” (la Casa Presidencial) y se marcharon luego en un tren especial a las cinco de la tarde, rumbo a La Guaira, el puerto marítimo de Venezuela.

En el momento en que las campanas del *ángelus* repicaban en muchas iglesias de Caracas, el reino de la comuna comenzó. Era como la erupción de un volcán reprimido durante un largo tiempo. Todo el odio y la furia de que es capaz la naturaleza hispanoamericana, todos los largos años de paciencia y sufrimiento bajo la bota de acero de la tiranía, habían transformado a estas personas en animales salvajes. Por primera vez eran libres —libres como el agradable aire que soplaba a su alrededor—. Más nos valdría tratar de detener el poderoso torrente del Niágara o sostener el océano en la palma de la mano, que tratar de razonar con ellos en tal momento... este grupo de personas no sólo pertenecía al “pueblo”, ya que entre ellos había muchos por cuyas venas coma la más noble estirpe de la vieja España. Estando conscientes de que el interregno sería breve, pues la guardia de avanzada de Crespo, bajo las órdenes de Antonio Fernández, ya marchaba sobre la ciudad, se reunieron en la Plaza bajo la sombra de la gran estatua ecuestre de Bolívar, y dijeron:

“Nos quedan sólo cuatro horas de vida. No perdamos tiempo. Primero por armas al cuartel, luego a la casa del tirano Palacio”.

Frente a la Plaza, la multitud se desplazó rápidamente hacia el “cuartel”, donde se hallaban almacenados miles de fusiles, junto con abundantes municiones. Bien armados con rifles y machetes, comenzaron a disparar al aire una descarga tras otra, corriendo por la calle que conducía en dirección a la casa de Palacio y gritando al mismo tiempo:

“¡Viva Crespo! ¡Muerte al Gobierno!”

Resultó conveniente para éstos últimos que se encontraran a buen resguardo en el tren, huyendo a toda velocidad hacia La Guaira, pues no eran cosa de broma los hombres que formaban esa turba. De haber encontrado aquella noche a alguien exhibiendo el color amarillo de los “Gobiernistas”, estos tipos lo habrían descuartizado miembro a miembro. En su marcha hacia la casa de Palacio, un integrante del tropel divisó un edificio que no podía ser ignorado.

“¡Vea, vea, allí está la oficina de la Opinión Nacional!”.

No se necesitaba una invitación oficial para que entraran allí, atropelladamente, alrededor de cien hombres y muchachos. Grandes prensas fueron arrojadas por las ventanas, seguidas de cestas y más cestas de tipos de imprenta utilizados durante tanto tiempo para atacarlos. En menos de quince minutos, una propiedad con un valor de más de 50.000 dólares había sido totalmente destruida. Luego siguieron gritando: “¡Ahora, a la casa de Palacio!”.

Pronto asomaron al frente sus blancas paredes y bellos jardines, un apetitoso bocado para las masas exaltadas. Las luces estaban apagadas y la puerta atrancada, por lo cual es innecesario decir que el dueño no estaba allí; éste se encontraba en París, viviendo lujosamente con el dinero robado de algunos de los propios comerciantes presentes en la multitud.

“Devuélvanos el dinero que Usted ha robado!”, gritaban, mientras golpeaban la puerta y se abrían paso hacia la casa.

En la mansión había magníficos muebles importados de Europa, tapices y alfombras del Oriente y antigüedades de todas partes del mundo. Mientras todo aquello se apilaba, los hombres estaban en el jardín cortando los árboles y las plantas exóticas, cada una de las cuales constituía casi una fortuna en sí misma. Todo se amontonó en el palio, formando un alto promontorio, el cual rociaron con kerosene y luego quemaron, mientras la turba danzaba alrededor con regocijo.

De la casa de Palacio, la multitud desesperada se dirigió a la casa de Urdaneta, el de la fama de refugiado, el general perseguido durante un largo tiempo por el almirante Walker; luego fueron a la casa de los Pulido, tío y sobrino, el primero había sido presidente y el segundo comandante en jefe del ejército. Después de estas poco ceremoniosas visitas fue poco lo que quedó en aquellas casas, salvo un amasijo de ruinas calcinadas. Fue durante estos disturbios, que los embajadores de España y Alemania dijeron que habían sido insultados. Aun durante su frenesí, aquellos individuos no tuvieron esa intención. Ambos diplomáticos habían alquilado casas pertenecientes a Palacio y Sarria, este último Ministro de Guerra. Una vez concluida la labor de destrucción en las casas privadas de estos funcionarios, alguien sugirió que sus propiedades debían correr la misma suerte. Fue así como

estas dos delegaciones extranjeras fueron amenazadas. pero nadie cruzó el umbral de sus puertas. Después de destruir todas las pertenencias de los miembros del gobierno que se habían podido encontrar en Caracas, la turba visitó un centro turístico suburbano donde Guzmán Blanco, Palacio y Pulido habían hecho grandes inversiones. Allí la destrucción fue tan completa como en la ciudad y fue poco lo que quedó para contar la historia de la furia de la turbamulta.

Eran ahora alrededor de las nueve y el ejército de avanzada de Crespo estaba entrando en Caracas. Conociendo bien la intención del líder revolucionario. de preservar el orden a cualquier costo, la turba se dispersó, y antes de que Antonio Fernández se encontrara dentro de los límites de la ciudad, Caracas estaba tan tranquila y pacífica como si apenas estuviera despertando de un largo sueño. Sin embargo, tan pronto como comenzaron a hacer su entrada las tropas revolucionarias, éstas fueron recibidas con una larga ovación que tardarán mucho tiempo en olvidar. Cada casa de la ciudad abrió sus puertas y ventanas de par en par, se colgaron faroles en las calles y se encendieron fuegos de colores en las plazas públicas. Durante tres días completos, el gran ejército de catorce mil voluntarios hizo entrada en la capital, mientras que Crespo y su equipo, a la cabeza del estado mayor, llegaron el primer día.

Cuando el gran líder atravesaba las familiares calles de Caracas, la bella ciudad que él tanto amaba y que había jurado no manchar con sangre venezolana, se conmovió de un modo tal, que ni en los campos de batalla sus oficiales lo habían visto así. Las lágrimas rodaban por sus varoniles mejillas, a medida que su gran caballo negro avanzaba sobre un perfecto sendero de flores, esparcidas por mujeres y niños de su ciudad natal.

En Santa Inés, el hogar del general Crespo, su esposa e hijos lo esperaban para darle la bienvenida. Hasta allí fue la cabeza del ejército, antes de pensar siquiera en ir a la “Casa Amarilla”, que se mantenía esperándolo con las puertas abiertas y una escolta formada por los mejores soldados de toda Venezuela. Al día siguiente. Crespo y sus oficiales asistieron a un servicio militar en la gran catedral en la Plaza Bolívar. Allí recibió la bendición del Arzobispo de Caracas y se ofrecieron gracias por la gran victoria que había coronado a sus armas y rescatado a Venezuela de la opresión y la tiranía.

Harper's Weekly Journal of Civilization
Nueva York, 19 de noviembre de 1892, No. 1874, pp. 1110-1111

Souvenir of the Venezuelan Revolution



William Nephew King

The Venezuelan Episode

A fleet of warships under the command of Admiral Walker has been sent to Venezuela for the protection of American citizens. The vessels will arrive too late, however, for the prevention of all outrage or the protection of our flag from any insult.

The revolution in Venezuela, like many other South American outbreaks of its kind, has been attended with deeds of violence and perfidy. One of Governor Palacios's generals has set up a rebellion of his own in Maracaibo, while Mendoza, who declared himself dictator and enforced a loan of \$200,000, has fled to the Dutch island of Curacao. Before he went, however, he was guilty of a good deal of ruffianism to American citizens. For example, he refused to grant a clearance to the American Red D liner steamer Venezuela until he was compelled to do so by the commander of a French man-of-war lying in the harbor of La Guayra. The port of La Guayra was in the possession of Palacio, and it was here that the mail-bags of the steamer Philadelphia of the same line were cut open,

and some of their contents destroyed by Venezuelans. This time protection was offered to the United States cónsul by a Germán man-of-war.

At another time a messenger of the United States consulate was conscripted by one of Palacio's recruiting officers, and on escaping into the house of the British vice-consul, was followed and badly beaten by the Venezuelan troops. The United States, English, and Danish consuls protested, and Palacio informed them that they must drop the matter. or the exequátur of the British vice-consul would be withdrawn, and he would then be thrown into jail! Upon this, the commanders of the British, French, Spanish, and Gemían warships threatened to send ashore a squad of marines for the protection of the English and American consulates.

For the courtesy of these representatives of European powers the American citizens resident at La Guayra have passed a resolution of thanks. It is greatly to be regretted that our warships had not arrived before these unpleasant incidents occurred. Here is a more important task awaiting them than the settlement of a doubt.il diplomado episode. When the Venezuelan government took the refugees from the deck of the American ship Carneas, she was in the Venezuelan of Puerto Cabello and had sailed from the Venezuelan port of La Guayra. These are the facets as we know them, and it is extremely doubtful if the United States ought to demand redress for that action. But the United States has a düty to perform to American citizens resident in a foreign country, and to protect them from such assaults as have been committed upon them by the Venezuelans. It is a humiliating fact, however, that our citizens have been left to the mercy of semi-barbarians, and would have had no protection at all had it not been for the interference of European officers. The revolution has been going on for several months, and one American war vessel might well have been kept in those waters during all this time. Her presence would have doubtless prevented any of the assaults that have been made on American citizens and their property.

Harper's Weekly. Journal of Civilization
New York, October 1, 1892, No. 1867, p. 939.

The Civil War in Venezuela

A South American republic is always in one of three conditions -she is either in the throes of a civil war, reconstructing order out of the chaos of revolution, or preparing for some new domestic turmoil. This has been the case to a very great extent ever since the various republics rebelled from Old World authority and became independent! States. Some, to be sure, have been more stable than others, but the degree of difference has not been great. The Spanish American appears to be a natural conspirator against existing authority and any present order of things. We in the United States have become so accustomed to this condition of affairs in the Southern Hemisphere that, were it not for American interests in these various countries, we should not feel called upon to take any interest in the recurring broils except as idle spectators. But the business relations between the United States and the various South American States have been growing year by year more intimate, so that in each port, whether on the Atlantic or the Pacific, there are numbers of American merchants established, and into these ports, the American flag is sometimes taken on merchant ships. These interests, whether great or small, need to be protected at those times when law and order are abrogated and the countries are given over to mob-rule or the despotic sway of a dictator. Among these republics, Venezuela has had her full share of revolutions.

When the present trouble in Venezuela broke out there were no American men-of-war in Venezuelan waters, and it, therefore, appeared an easy thing for the dictator who died in power to do what he chose with the property of Americans, and to hinder the entrance and departure of American vessels. Such discrimination was prevented by the German and French men of war, and now Admiral Walker, of the North Atlantic squadron, is on his way with three warships to see that no further encroachment on American rights is attempted. These boats are the *Chicago*, the *Concord*, and the *Kearsarge*. The two former are among the finest and most representative ships of the -179- White Squadron and their mere presence in the waters about Caracas will have a quieting and impressive effect. There will, after their arrival, be no further need to appeal to the French and British consuls, and through them to their men of war. What the orders given to their commanders and Admiral Walker may be, is not yet known.

As to the merits of the conflict now in progress in Venezuela, it may be said that it is somewhat similar to the Balmaceda incident in Chile, *i. e.*, a fight between the Executive and Congressional powers. But this conflict appears to be much more sordid than that in Chile, and the issue which First brought it about has been to a great extent lost sight of in the greed of the men who at various times have been in power to make themselves rich by levying forced taxes upon all the people within their control. Mendoza, who declared himself Dictator, appears to have done little else during the tenure of his assumed office than to collect

\$200,000 in this way. When he had this money securely within his possession he fled the country. Of such sordid metal does it appear that these Venezuelan patriots are made.

There has been another aspect of this civil conflict fought in the courts of the United States in New York. The Minister from Venezuela complained to the United States authorities that the *South Portland*, an American steamer, was loaded with arms and ammunition, and bound for Venezuela to help the side making war on the party from which he was accredited. He, therefore, libeled the *South Portland* and sought to prevent her from getting clearance papers. The case was heard by a United States Commissioner, but it did not appear to him that the Venezuelan Minister had made out a case sufficiently clear to justify him in withholding from the *South Portland* her papers. The ship has therefore sailed. The Minister, anticipating this, had brought a faster ship than the *South Portland*, with the idea of chasing her and overtaking the ship before she arrived in South American waters. The name of the fleet boat that was to be sent on this Service had not been announced when this paper went to press nor had she sailed. If she does sail in pursuit it will be a somewhat similar race to that of *the Charleston* after the *Itata* in the Chilian trouble. The hesitation about starting the ship purchased by the Venezuelan Minister is due, according to that gentleman's statement, to assurances from his President that the Venezuelan gunboats are so placed that the *South Portland* will not be able to launch and deliver her cargo to the party for which it is intended, but will inevitably fall into the hands of these watching boats. In case of the capture of the *South Portland*, and case the Venezuelan Minister is mistaken as to the nature of the ship's cargo, an interesting element will be added to the complications now existing.

Venezuela has a population of about 2,500,000, and its imports are about \$3,000,000 annually, while it exports something like \$4,000,000. Its chief cities are Valencia and Caracas, while the chief port is La Guayra, where the incident as to the American ship occurred. It is to this port that Admiral Walker is bound. The coast of Venezuela was the first part of the American mainland sighted by Columbus, who during his third voyage, in 1498, entered the Gulf of Paria, and sailed along the coast of the delta of the Orinoco. In 1550 the district was erected into the Captain Generalcy of Caracas. It remained under Spanish rule until Bolívar, the liberator, a native of Caracas, raised a revolt in 1810, and succeeded, after years of fighting, in throwing off the Spanish yoke. This revolution was in conjunction with other South American States. The power of Spain was broken in 1821, but it was not till 1845 that Spain recognized the independence of these States. Before this Venezuela had declared her independence from the Confederated States, and for several years, say from 1830 to 1846, she enjoyed comparative peace. In the latter year civil disturbances began, and these lasted, with short periods of rest, to 1870. Negro slaves were introduced into Venezuela very early in its history, but during one of the revolutions, that of 1854, the emancipation of the slaves took place. In December 1870, Don Guz-

man Blanco was declared Provisional President, and so acted till 1873, when he was elected the constitutional President. It was owing to Blanco's ability and energy that Venezuela now enjoyed years of peace and prosperity. The constitución of the republic is modeled after that of the United States.

Mr. W. Nephew King, Jun., recently writing from the Dutch town of Curasao, has said of this revolution:

“It seems that there has been more fighting for spoils than fighting for glory, and each general, as soon as he collects a few men around him, starts on a little revolutionary excursión of his own, enforcing Joans from inoffensive merchants, and then running away and leaving his army in the field, while he enjoys the fruits of his rapiñe and plunder.

“And the little Dutch island of Curasao, with its quaint houses and immaculate streets, furnishes a quiet sanctuary from the noise and tumult of war-ridden Venezuela.

“One by one the leaders of both parties, becoming sickened al the daily scenes of bloodshed, have taken their families and sailed across the Caribbean Sea to make a new home in Curacao and the elements that meet there are almost weird in their contrast. Oil and water, sunlight and Stygian darkness, snow and fire, are not more dissimilar than the hot-blooded impulsive Spanish American, and the quiet, plodding, peace-loving descendant of oíd Holland. For centuries the latter people have lived in the very heart of revolution and chaos, and still are changed but a tithe since the days of Van Tromp. ‘It’s an ill wind that blows nobody good,’ however, and the revolutionary troubles that have almost paralyzed the commerce of Venezuela have sent a thriving trade to its island neighbor.”

Harper's Weekly. Journal of Civilization
New York, October 1, 1892, No. 1867, p. 943.

The Revolution in Venezuela

*By W Nephew King. Jun.
Caracas, 1892.*

The revolution in Venezuela has become pathetically amusing -an opera without a theme, a play without a plot.

While brave Crespo with his hardy followers, having law and justice written in blood upon each banner, is gradually tightening his grasp upon the throat of the existing government, if such it can be called, president follows president and general succeeds general, each holding office long enough to fill his patriotic pockets, and then fly to a more congenial clime.

Caracas, the fair capital of the republic, known as "Little Paris" Guzman Blanco's time, is now only a deserted village. The theatres are all closed, for it is considered dangerous to bring the people together during stirring times. The great Plaza de Bolívar, with its massive equestrian figure of the immortal hero, is as silent as his gilded tomb in the Pantheon. The roar of the mad bulls in the circo de toros on Sunday afternoons is now replaced by soft strains of music from many churches, mingled with Te Deums for some reposed victory, or prayers for the repose of the souls of dying. Business is paralyzed, commerce retarded, and women scarcely speak above a whisper.

Such is the chaos into which Andueza Palacio saw fit to plunge this beautiful country, cowardly deserting when the tocsin of war sounded, so that he might enjoy in foreign lands ten million bolivars taken from the national treasury. Such is the condition in which General Mendoza found unhappy Venezuela; and far worse did he leave her, when he proclaimed himself Dictator, levied a war tribute of two million bolivars, and then stole away in the dead of night, leaving his poor starving soldiers upon the field of battle. All save those whose pecuniary interests render their presence absolutely necessary, and others too poor to fly, have sought a sanctuary in the little Dutch island of Curacao. There, amid the rail palm trees of its peaceful shores, many prominent politicians are quietly awaiting the final act in this turbulent drama across the Caribbean.

Mendoza, the lawless Dictator, who threatened to kill every foreigner living in La Guayra; Rojas Paul, the ex-President, who betrayed his master, Guzman Blanco, and is said to be hatching another revolution; and Monagas, the President of the. The state

of Bermudez, who stole away in the dead of night, promising to take no part in the existing trouble if he should be left in his present position, is almost within a stone's throw of these scenes of murder and bloodshed.

Mendoza is a fair type of these self-commissioned men, whose ephemeral rule has almost rent asunder unhappy Venezuela. His career, lawless as it proved brief, was a reign of terror that carried one back to the days of the Paris Commune. He appeared as the commander-in-chief of the government forces early one morning in Caracas and marched over to the Casa Amarilla. William Tell Villegas was then masquerading as President of Venezuela. Turning to the general, without even the formality of a "Buenos días," the general of the army said:

"President Villegas, I think you will find a change of air beneficial to your health; in the meanwhile, I pronounce myself Dictator of the Republic."

Villegas did not even protest at this assumption of authority, but quietly vacated his office, and took passage for New York on the first mail- steamer. Mendoza now be-thought himself of a cloak under which he could conceal his proposed plan of public robbery. His tool had to be a President of his own making. Such he found in Villegas Pulido, a nephew of the former President. How was this master-stroke of diplomacy to be accomplished? Pulido was ninth on the list of Vice-Presidents, with nineteen of whom were then eligible for the much-desired office. How could he be reached over the heads of his seniors? The gigantic brain of Mendoza! He imprisoned the other eight and thus was created the present ruler of the United States of Venezuela.

Mendoza was triple short of funds, and a Dictator should never be in need. The public treasury was empty, however, and Andueza Palacio had helped himself to ten million bolivars previous to his little outing. two months ago. The situation was embarrassing even to Mendoza, but again his fertile brain came to the rescue.

"Merchants must have money," mused he, "and a patriotic Citizen should ever contribute freely to the support of his government."

Patriotic citizens, like angels' visits, were few and far between just at this stage of the drama, however, and for once was the great Mendoza baffled.

"These insolent fellows must be squeezed," said he, "and we have a large prison at La Guayra."

Forthwith he proceeded to lock up a few of his rebellious subjects. Unfortunately for him, however, among these were several foreign consuls. The representative of the United States, Phillip C. Hanna, was appointed deán of the consular corps. and made such a vigorous protest that the decks of the Spanish and French men-of-war were cleared for action, their guns loaded, and trained on the little custom house under the mountain.

"Unless the foreign consuls are immediately and unconditionally released," said the French commander, "I will bombard the town."

"The First shot that is fired into La Guayra," replied Mendoza, "will be the signal for the massacre of every foreigner in the place."

"There may be one killed, but Mendoza will be the second," was the Frenchman's apt reply.

The consuls were released nevertheless, and Mendoza, finding "discretion the better part of valor," sailed for more congenial shores at dawn the next morning.

Mendoza's excuse for his actions is as amusing as it is unique and thoroughly indicative of the administration of the present government. "I had been in the field for several months fighting their battles," said he, "when I learned that there was to be a división of the spoils. On looking over the list of officers and money to be paid, I failed to see either my name or that of any of my officers. When I reached Caracas I found everyone helping himself, and decided that I would do likewise."

Such was the brief career of one of the stars in this little drama. There is another, and one of lesser magnitude, that has attracted a great deal of attention, especially in the United States. This is one Urdaneta, for whom Admiral Walker with three United States men-of-war is now looking. The individual in question is rather a unique figure in Venezuelan politics. He was given command of the Anny of the West at the commencement of the revolution, and while acting as military governor of Puerto Cabello, conceived the idea of becoming President himself.

Gathering around him a few followers, he started a little revolution of his own, refusing to acknowledge either the de Fado government or the revolutionists under Crespo. One day the American vessel Caracas steamed into the harbor of Puerto Cabello, having on board as passengers six Venezuelans with passports from the government then in power. Urdaneta, thinking that

these men might, in a measure, be injurious to his cause if left at large, demanded them as prisoners. The captain of the Caracas protested against their being removed. Urdaneta informed him that he might protest all day, but that he wanted the men, and would have them, dead or alive. "I will take the men," he said, "and then the United States may send their gunboats to get them back again."

And the United States has sent her gunboats, and just at present things look pretty dark for Mr. Urdaneta. The present government has officially repudiated him, and refused to assume any responsibility for his act; the revolutionists, under León Colina, defeated him recently in a bloody battle near Coro. Returning to Puerto Cabello, he found it in the hands of Crespo's people. Maracaibo had revolted against him, Colina held Vaendia, and there was no place to turn to but the Dutch island of Aruba. Here he is said to be awaiting the tide of events, and devising other revolutionary schemes.

The actions of the authorities now in power place Urdaneta in the light of a freebooter or pirate, and as such he is liable to capture by any civilized nation. Some say that he is meditating an attack upon La Guayra from the sea, and is liable to appear at any moment. If he should come within range of Admiral Walker's guns, however, it would be a sad day for this many-sided general.

In the meantime Crespo is massing his forces around Caracas, and annoying the government people by a series of small skirmishes in different sections of the State. He will not advance upon the capital, however, until the steamer South Portland reaches him safely. Exactly where she will land her cargo of arms and ammunition it is impossible to say just at present. This is all that has delayed his advance upon Caracas, however, for though the army now consists of twenty thousand men, they are poorly equipped, and have had to contend with difficulties that would have crushed anybody but a man of Crespo's indomitable will and great personal bravery.

Harper's Weekly. Journal of Civilization
New York, October 15, 1892, No. 1869, p. 995.
By W. Nephew King, Jun.
Caracas, 1892

After months of chaos and darkness -months whose sad history is written in blood- an era of peace and tranquillity has dawned upon fair Venezuela; and under Joaquín Crespo, the valiant defender of the constitución, this favored región bids fair to take its old place as the foremost commercial State of South America. From the day the sun first shone upon the new government, the business received its initial impulse, donkeys weighted down with coffee sacks filled the mountain roads, and long-delayed merchant craft turned their prows toward the port of La Guayra.

Peace has her victories as well as war, and so it is fair to presume that the tide of prosperity will henceforth be at its flood. Crespo's well-earned victory was a triumph of the people over the tyrant Andueza Palacio. The latter and his band of organized robbers are now fugitives from justice, having impoverished the country they professed to love, and deserted the poor soldiers they forced to fight. While the officers are living in luxury away from their native land, thousands of their soldiers are sleeping in cold but honored graves.

Six months ago the intrepid Crespo, gathered about him a handful of "macheteros," left the capital to battle with twenty thousand well-armed government troops. As he marched in triumph through the streets of Caracas last week, followed by an army of seventeen thousand men, each of whom had freely volunteered to fight under the tricolor of the revolution, it seemed hard to believe that every gun, every spear, every machete, had either been captured from the enemy or brought over by some of their panic-stricken soldiers. And yet this is no exaggeration.

It is well for Pulido and his cowardly cabinet that they stole away through the darkness and hid behind the guns of the French man-of-war; for had they been exposed to the just wrath of the revolutionists, there would now be nine less criminals in the world. It affords me pleasure to chronicle that no vessel of the United States furnished an asylum to any of (these people, and that both the French and Spanish commanders were censured by their ministers for so doing. The question of affording asylum to defeated soldiers in revolutionary countries is one open for discussion to the students of International law, but when these selfsame soldiers become public robbers, deserting their armies upon the field of battle, and leaving their men unpaid and starving, they become criminals -not political refugees- and as such should be left to face a trial under the laws of their respective republics.

The night that Pulido and his cabinet fled from Caracas was one that will live forever in the memories of those who chanced to be in the city. Soon after the signal defeat of the government troops at Puertas Mochas, preparations were made for a hasty

departure. The officials reached the city at about four o'clock in the afternoon, packed up everything that could be carried away from the "Casa Amarilla" (President's House), and then left by special train at five o'clock for La Guayra, the seaport of Venezuela.

Just as the ángelus bells were sounding from the many churches in Caracas, the reign of the commune began. It was like the eruption of a long-pent-up volcano. All the hatred and fury of which the Spanish-American nature is capable, all the long patient years of suffering under the iron heel of tyranny, transformed these people into wild animáis. For the First time, they were free-free as the balmy air around them. One might as well try to stem the mighty torrent of Niagara, to hold the ocean in his palm, as to reason with them at such a moment. And they were not the "pueblo" alone, for among them were many through whose veins coursed the bluest blood of oíd Spain. Knowing well that the interregnum would be a brief one, for Crespo's advance-guard, under Antonio Fernandez, was already moving toward the city, they met in the Plaza, under the shadow of the great equestrian statue of Bolívar, and said:

"We have but four hours to live. Let us lose no time. First to the 'cuartel' for arms; then to the palace of the tyrant Palacio."

Across the Plaza, the mob rushed to the "cuartel," where many thousands of guns were stored, as well as a bountiful supply of ammunition. Thoroughly armed with rifles and machetes, they began to Tire volley after volley into the air, running down the Street in the direction of Palacios's house, and shouting:

"Viva Crespo! Muerte al Gobierno!" (Long live Crespo! Death to the government people!)

It is well for the latter that they were all safe on the train, speeding toward La Guayra. for the men that formed this mob were not to be trifled with. Had anyone been found that night showing the yellow colors of the "Gobernistas," these fellows would have torn them limb from limb. On the way to Palacio's house, one of the crowd caught sight of a building that could not be passed.

"Vea, vea, allí está la oficina de la *Opinión Nacional!*" (See, see, there is the office of the Opinión National!).

No formal invitation was necessary, for in rushed about one hundred men and boys. Great printing presses were lifted to the Windows and then thrown down into the Street below, followed by basket after basket of the idéntica! type that had so long and bitterly denounced them. In less than fifteen minutes, more than fifty thousand dollars worth of property had been wrecked. On they went, shouting. "¡Ahora a la casa de Palacio!" (Now for the house of Palacio!).

Soon its white walls and neat gardens loomed up ahead, a dainty morsel for the mob. The lights were out and the door was barred, for, it is needless to say, the owner was not there: he was in París, living in luxury on money stolen from some of these very merchants in the mob.

"Devuélvanos el dinero que Usted ha robado!" (Give us back the money you stole!), they cried, as the door was smashed in and the crowd entered.

Within was some of the most magnificent furniture, imposed from Europe, tapestries and rugs from the East, and antiques from all parts of the world. While these were being gathered together in a heap, men were in the garden cutting down trees and rare plañís, each of which was almost a fortune in itself. Into the courtyard everything was piled in one great mass, covered with kerosene, and then ignited, the mob dancing around in glee.

From Palacio's these desperate fellows went to the house of Urdaneta, he of refugee fame, and the general for whom Admiral Walker has been gunning a long time; then to that of the Pulidos, uncle and nephew, the former President and the latter the commander-in-chief of the army. After these unceremonious visits, there was little left in either house save a charred mass of ruins. It was during this excitement that the Spanish and German ministers were said to have been insulted. Even in all their frenzy, these people had no such intention. Both of these diplomats had rented houses belonging to Palacio and Sarria, the latter at one time Minister of War. When the work of destruction had been completed at the private homes of these officials, someone suggested that a like fate be dealt out to all property owned by them. Thus it was that these two foreign legations were menaced, but no one even crossed the threshold of either door. After everything that could be found in Caracas belonging to any of the government parties had been destroyed, the mob visited a suburban resort, where Guzman Blanco, Palacio, and Pulido had invested largely its real estate. There the destruction was almost as tough as it had been in the city, and there was little left to tell the story of the fury of the mob.

It was now about nine o'clock, and the advance guard of Crespo's army was entering Caracas. Knowing well the revolutionary leader's intention of preserving order at any cost, the mob dispersed, and before Antonio Fernandez was within the city's walls, Caracas was as quiet and peaceful as though she had just awakened from a long sleep. Once the revolutionary troops began to enter, however, they were received with an ovation that they will long remember. Every house in the city threw open wide its doors and windows, lanterns were suspended across the streets, and colored! fires burned in the public squares. For three entire

days, the great army of fourteen thousand volunteers was entering the capital. Crespo and his staff, all the head of the main body, came in about noon the first day.

As the great leader passed through the familiar streets of Caracas, the fair city that he loved so well, and had promised not to stain with Venezuelan blood, he seemed moved as his officers had never seen him even on the field of battle. Tears rolled down his manly cheeks as his great black horse walked over a perfect pathway of flowers, spread by the women and children of his native city.

At Sania Inez, the home of General Crespo, his wife and children were waiting to welcome him. Here went the head of the army, before even thinking of the great "Casa Amarilla," which stood awaiting him with open doors and a bodyguard of the finest soldiers in all Venezuela. The next day Crespo and his officers attended a military mass at the great cathedral on the Plaza Bolívar. Here he was blessed by the Archbishop of Caracas, and thanks were offered for the great victory that had crowned his arms and delivered Venezuela from oppression and tyranny.

Harper's Weekly. Journal of Civilization
New York, November 19, 1892, No. 1874, pp. 1110-1111.

A Story of Venezuela's Revolution

By W. Nephew King, Jun.

“Las armas están siempre en las manos del enemigo,” were Crespo’s last words as he said “Adios” to Venezuela’s fair capital and went into the mountains to give the city for liberty. That immortal saying of the great Bolívar, “Arms are always in the hands of the enemy,” was the answer of the intrepid leader of the revolution to his friends when they attempted to show him the folly of fighting twenty thousand fully armed government troops.

Six months have passed. Caracas is *en fete* to-day. At the summit of the “Casa Amarilla,” from the towers of the old cathedral of Santa Teresa, in the hands of pretty Venezolanas, floats the brilliant tricolor of the revolution. Pulido has fled like a thief in the night, cowardly deserting his starving unpaid soldiers. While Crespo's advance guard, under Víctor Rodríguez, triumphantly enters the city's gates.

I stood at the corner of the Plaza and listened to the mellow chimes overhead, recalling so many sad memories of the bloody revolution, as fourteen thousand sturdy volunteers marched by. Even one who had watched the progress of the war, been an eye-witness of Crespo’s marvelous strategy, and shared the hardships of his campaign, found it difficult to realize that six months before this great army consisted of only fifty men and that even gun, every cartridge, every machete, had been captured in battle from the enemy. Modern soldiers of greater fame than Crespo's might well be proud of such an achievement.

“Viva Crespo! Viva el Gobierno!” was shouted by enthusiastic Venezolanos. The blending of these antagonistic battle cries, which once echoed from mountain peak to sea, was the harbinger of an era of peace and tranquility to “Little Venice,” as Columbus aptly named this favored land on (the shores of the Caribbean. Well, do I remember the first time that (these two cries were uttered by one and the same man, and the wild excitement that followed.

It was the night that Crespo's forces, under Piñango, had captured La Guayra. All day his hardy mountaineers had been pouring into the city, and before nightfall, there were fully three thousand within the gates. Each café, hotel, and plaza had its quota, and every gallant soldier told of hand-to-hand combats. The “León de Oro” seemed the center of attraction, however, and thither flocked the greater part of La Guayra’s patriots. Toast after toast was proposed. until the very air seemed dense with revolutio-

nary sentiments. The names of Crespo, Guerra, Colina, Pietri, Alvarez, and every other gallant fighter of the war, evoked intense enthusiasm, while an old Indian guitar player improvised verses reciting the deeds of each. Suddenly there was a deathlike stillness as one of the heroes of the battle of Macuto arose. Holding a glass of wine in one hand, he drew his sword with the other, waved it over his head, and shouted, "Viva el Gobierno!"

If a thunderbolt had fallen in their midst the excitement could not have been greater. Here was one of Crespo's staunchest supporters, an officer who had fought throughout the entire campaign, shouting the battle cry of the enemy. And this, too, is at the very heart of the revolution. Forgetting the great love they bore their general, but remembering that loyalty to Crespo was their creed, these impulsive fellows drew their machetes and rushed across the room. Jumping quickly upon a table, the officer, who had a voice like Salvini's, burst into a hearty laugh and exclaimed:

"Como es, hombres, Ustedes no saben que nuestro querido General Crespo ha tomado a Caracas, y que nosotros somos ahora el Gobierno." (Why, my men, do you not know that our brave leader Crespo has taken a Caracas, and that we are now the government?)

Such was the dramatic scene that united the cries of the "Crespistas" and "Gobiernistas."

Although the possession of Caracas was the desideratum of both sides, the little seaport of La Guayra was the theatre of many stirring scenes. There the tyrant Mendoza imprisoned all the foreign merchants, that he might force money from them; and no man knew what would have been his next step, not our gallant consul, Philip C. Hanna, ordered their immediate and unconditional release. Ship after ship was detained by order of this lawless and self-constituted Dictator, and he was only brought to his senses by the guns of a foreign man-of-war. Despite the seriousness of the situation, in the little town under the mountain there occurred many pathetically amusing incidents. More than one of these was furnished by an individual known as William Collins, of whom I succeeded in securing an excellent photograph.

"Willie," as the boy became familiarly known to everyone in La Guayra, was a St. Thomas dandy, and had been appointed messenger to the United States consul at the beginning of the war. His face was as black as the surface of a polished stove, and when he smiled his head seemed to separate into hemispheres. Besides being a Danish subject, the fact that Willie was in the employ of a foreign consul exempted him from military duty. What did this matter to men of Mendoza's stamp, however? He needed soldiers, and have time he must, at any cost. One dark night, therefore, when the city was under martial law and Willie had

wandered from under the shadow of the American eagle's wings, he was promptly seized by a squad of government soldiers. As they were marching the poor boy to the *cuartel* he heard one of the men telling of a great blade down the coast, and of a steamer that was to be seized that night to transport the troops.

A few moments more and all would lie over; for once within the portáis of the military prison, no word could be sent to Colonel I Latina. Realizing this as the squad marched by the English consul's home, and Willie saw the cheerful lights, he darted into the hallway. Besides being under the protection of the English flag, no soldier, he thought, would dare enter without a warrant; for even in revolutionary countries two places are highly inviolate, the home and the church. Times had changed, however, and these men respected nothing. Rudely pushing aside the cross of St. George, they followed Willie, beating him with their machetes as he ran from room to room. The English *cónsul*, Mr. Martin Anderson, chance! to be away at the time, and the women of his household were dreadfully frightened, several of them fainting at the sight of the soldiers. Willie's natural gallantry now carried to the rescue, and he voluntarily left the house rather than further alarm its inmates.

Soon the outrage became noised, and *Cónsul* Hanna, with blood in his eye, made rapid strides to the military prison. There he found his faithful slave rigged out in a suit of soldier clothes. Following close upon the heels of our *cónsul* came the representative of England and Denmark. A demand was made for the boy as a member of the United States consul's household, as a Danish subject, and as one having been taken by force from the home of the English *cónsul*.

Thus Willie became a subject of diplomatic controversy between Venezuela and three foreign governments.

Now comes the amusing phase of the story. Henrique Palacios, who was the civil governor of La Guayra, knew that he had involved his country in an unpleasant snarl. Something must be done to conciliate the foreign consuls, for the day might come when he and his cowardly compatriots would need them to escape the just wrath of Crespo. An elaborate feast was arranged in honor of "the consular representatives and the commanders of the foreign men-of-war in the harbor of La Guayra." Invitations were issued nearly ten weeks in advance; but "foreign representatives" were conspicuous by their absence. Palacios would have had to eat his feast alone had he not been sent out into the highways and byways for his guests. So crushed was this high dignitary that when he met the consul's servant on the Street a few days after, they drowned their ill feelings in copious draughts of *aguardiente*. That afternoon Willie marched into the consulate. His black skin glistening and his small eyes sparkling, saying, with pardonable pride:

"Well, sah. Governor Palacios and me good friends now. We're been drinkin' together all de day."

Willie was not to be so easily conciliated, however and became imbued with the idea that he had a just claim for 525,000 against the Venezuelan government. In this, he was encouraged by everyone in La Guayra. so when Admira! Walker appeared upon the scene with the Chicago, Concord, and Kearsarge, it was an easy matter to make the boy believe that the fleet had been sent there to demand an indemnity. This belief soon grew into a conviction, and every' naval officer that Willie met upon the streets became the recipient of his confidence, with the promise of a good round percentage if he succeeded in obtaining the money. One afternoon the admiral himself was waylaid, and a promise exacted that he would threaten to bombard La Guayra unless the claim was immediately paid. For this, Willie promised him one-half if he would increase the amount to \$50,000. To definitely settle the matter. when the cónsul decided to buy him a suit of sailor clothes, the boy begged that he might be allowed to pay for them himself. Early in the morning he hired a small boat and went off to the flag-ship. saying to the paymaster.

"Well, sah, yo kin just take de money for dese clothes out of the claim that Admiral Walker is agoin' to get me." This, Willie announced, was the only means of keeping the flagship at La Guayra until he received his money.

When the city was finally captured by the revolutionary forces, and peace was established throughout Venezuela, the change was almost magical. The clark douds Thai had hung over the summit of the mountain for so long all passed away and even the grass seemed a brighter green. On all sides, you could hear the merry laughter of children, the liquid notes of birds, and the "shanty songs" of the "caleteros" discharging cargo from some merchant craft. A few nights after the troops entered 1 wandered around the streets to contrast the scenes with those I witnessed during the dark days of the revolution.

Everything breathed of peace. Every face said, "We have fought for liberty; the war is over; let us enjoy ourselves." Within the shadow of the great dungeon where so many brave patriots were either assassinated or strived to death during the "reign of terror:" a hand piano was playing some wild Spanish air. An ex-soldier, with a gun lying idle at his side, Manipur later! the instrument. Soon a crowd of noisy naked children joined hands and began to dance around him, while their happy parents looked on with delight. 1 had heard more melodious strains in other countries, yet there was a weird fascination about this peculiar music, and so when the fellow took up his piano and walked, I followed.

In front of the little custom-house, where the tyrant Mendoza was wont to imprison foreign merchants, another stop was made. Across the Street, the Plaza was filled with a gay crowd of loungers. Catching sight of the wandering minstrel, they ran up to him and said,

“Mira! Mira! soldado, bota tu fusil y toca un valse para nosotros.! (Here! Here! soldier, put down your gun and play us a waltz.)

Now the piano responds, and the fellow grinds out one of those galloping Spanish waltzes. Under the tall cocoa trees, a score or more of couples are dancing in the soft moonlight, while the distant Caribbean sparkles like a bed of precious stones, and only the great mountain back of the city recalls the bloodshed of the past six months. One by one the dancers tire, toss a “medio” to the musician, and he moves on.

Near the cathedral corner, another player had stationed himself. There the rivals met and exchanged glances that savored more of war than peace.

“You were a sympathizer with the old government, anyway, while I was in the mountains fighting for Crespo,” remarked player No. 1. as the music of player No. 2 almost eclipsed him.

The former had studied well the inflammable nature of his audience, for in less than thirty seconds player No. 2 and his piano were both rolled over into the gutter, leaving the ex-soldier master of the situation.

Through narrow streets, down dark alleys, went the now famous piano- player, followed by a crowd of men and boys. When the cathedral bell sounded midnight, I found myself on the riverfront, almost alone, in one of the worst quarters of La Guayra. On the right was a low dive filled with drunken soldiers, fighting again the bloody battles of the revolution over the wine of the country. Strains of music from the piano brought them all to the door, with the cries of “Viva Crespo! Viva el Gobierno!”

One of the diese fellows caught sight of me and insisted that I should come in and drink the health of Crespo. Assuring him of a warm admiration for the leader of the revolution, and my support of his cause, I teggd to lie excused. owing to die late hour. He would not accept it, however, he proceeded to drag me in, declaring that to refuse would be to insult General Crespo.

In a few minutes a crowd had collected around me, and it looked as though I would be forced to imbibe a large quantity of vile rum, a desire to the contrary notwithstanding. My case seemed rather a hopeless one until one of the officers turned to me and said.

"No es usted Americano?" (Are you, not an American?)

Scarcely had I replied in the affirmative before my new friend ordered the others away, and not only offered to escort me back to the consulate but placed a mulé at my disposal. This little compliment to the United States, trifling as it may seem, was thoroughly indicative of the friendly feeling towards our country even among the masses -all the more evident when contrasted with the insulting attitude of the party that had just been defeated. The humanity of our naval surgeons in nursing the sick and wounded, and our quasi-acknowledgment of the justice of Crespo's cause even while maintaining strict neutrality, will never be forgotten by those loyal-hearted revolutionists. American citizenship is, therefore, today at a high premium throughout Venezuela.

Another and an almost amusing proof of this Cónsul Hanna received one morning. About daylight, he was awakened by a loud knocking upon the lower door. Looking from the balcony, he saw a general in full uniform with five prisoners. After apologizing for disturbing him at such an early hour, the officer said,

"Here are five men, your Honor, that I have just taken out of jail to turn over to you."

"I thank you for the courtesy, general, but with what offenses were they charged?" replied the cónsul.

"I don't know," he answered. "I heard they were Americans -that was enough."

As soon as peace became assured, all the residents of La Guayra looked back upon the past anarchy and chaos as upon some dreadful nightmare. None save those who lived there during the dark days of the revolution can realize the imminent danger through which everyone passed. Had it not been for the presence of seven men of war in the harbor, the barbarians that controlled that City would have hesitated at no act of violence. Indeed, Mendoza announced that he respected no flag, and declared that he would massacre every foreigner in the place if anyone interfered with his little scheme of plunder and imprisonment.

And the death toll of those poor wretches who were without foreign protection? This will never remain a secret of the revolution. The American *cónsul* could a tale unfold, however, for the prison was in a building adjoining his. I had the good fortune of sharing the consulate with him during two of the worst months, and each morning awakened sickened from the memories of the night before. At all hours you would be aroused by the rude challenge of the guard almost under your window. If a prompt reply was not forthcoming from the approaching party, a bullet sometimes settled the doubt.

Only the Sunday afternoon before the fall of La Guayra several officers from the Chicago were sitting in the consul's office. The sun was shining as it shines only in the tropics, and the cathedral bell was calling the faithful to the vesper Service. Suddenly a man cried out down the Street, and before we could reach the balcony the poor wretch was lying in a pool of blood, completely hacked to pieces with a murderous machete. Two assistants came out of the prison and dragged the body, head down, over the rough stones. The chief of *pólíce* was sitting on a chair in front of the prison at the time but did not even turn his head while the fellow was being killed not twenty yards away. As the guards passed with the body, he said,

“Bueno, que ha hecho él?” (Well, what did he do?)

“Oh, él se resistió y yo le di un machetazo, eso es todo.” (Oh, he resisted, and I gave him the machete, that's all.)

The poor fellow, it seems, was taken from his home to be impressed into the anny. As the guard was dragging him to prison, he protested on account of his age. A few yards from the gate he fell down from exhaustion and failed to vise at the command. This was de resistance for which the poor fellow was "given the machete."

There was a story in la Guayra before I left that this same guard was captured by the murdered Ninian's brother, who was a revolutionary soldier, and treated to a dose of his own medicine. With both hands tied behind his back, he carried oil into the harbor in a small boat. There his head was taken off with a keen-edged machete, and the body thrown overboard.

It is from such lawless acts and barbarous deeds that Crespo has delivered his country. Is it strange, then, that all good people in Venezuela, both native and foreign, should have sympathized with the revolution, and prayed for the overthrow of Andueza Palacio and his tyrannical hirelings?

Thrilling as were these incidents, there are also some humorous ones that I have not yet mentioned. Among these, the "attack upon the camp of the washer-women stands solely and pre-eminently alone. By the time the United States warships reached La Guayra each officer had rather an extended wash list. When the stewards brought the clothes ashore, therefore, it required a small army of women to undertake the important! the task of completing them by Saturday night. Unfortunately for the owners of some uniform suits of white duck, the washing was done on the shores of a small mountain stream. This body of water happened to cross the main road by which the government soldiers went back and forth to Punta de Mulato.

One day a fierce battle had been fought on the outskirts of the city, and the troops were forced to retire. As they crossed the above-mentioned stream, hungry, defeated, and scantily clad, some of them espied a few suits of clothes invitingly spread out to dry upon rocks. With the little ceremony these brave soldiers of the republic charged upon the women. The latter were completely routed, but, nevertheless, carried away everything they could conveniently handle. The spoils consisted of several uniforms, and these were quickly appropriated by the victors. The next morning the good people of La Guayra were treated to the rare sight of several government soldiers semi-clad in the uniform of the United States Navy. One fellow wore a blouse without trousers, another a pair of trousers without a blouse, no two having the temerity to appear in full dress.

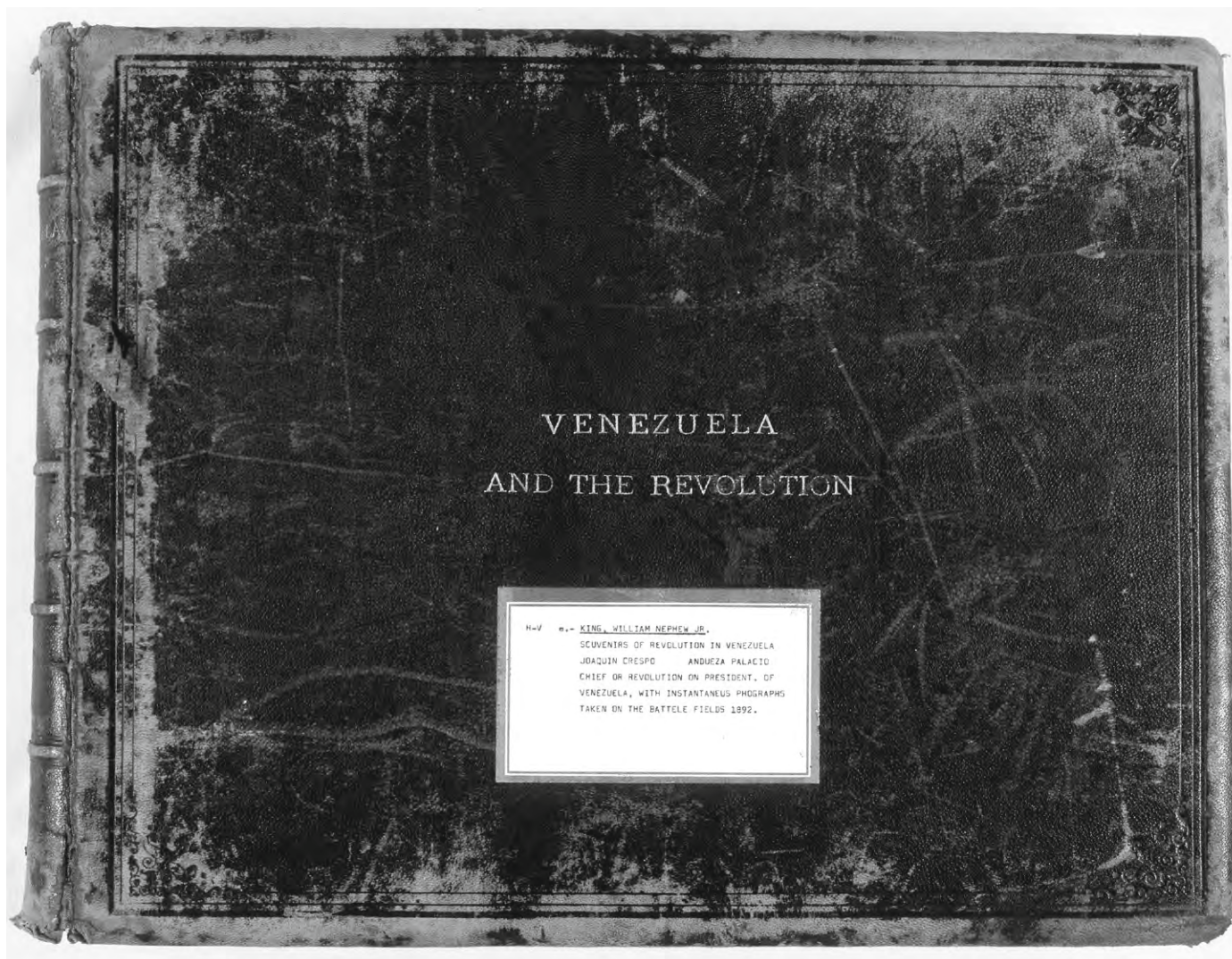
The climax was reached, however, when it became rumored that the washer-women had made an official report of the outrage to the admiral. and that the United States men-of-war were going to bombard the town unless each article was immediately returned. The result of this little practical joke was the despatching of a small boat with the stolen property. and an officer to make an ample apology for the indignity to the flag of the United States.

Such are a few reminiscences of a war that has been blackened with deeds of violence, and cowardly assaults upon defenseless women and children. Not by Crespo's sturdy followers, however, but by those who had the assurance to claim recognition from the civilized powers of the world.

Harper's Weekly Journal of Civilization
New York, December 17, 1892, No. 1878, pp. 1206-1207.



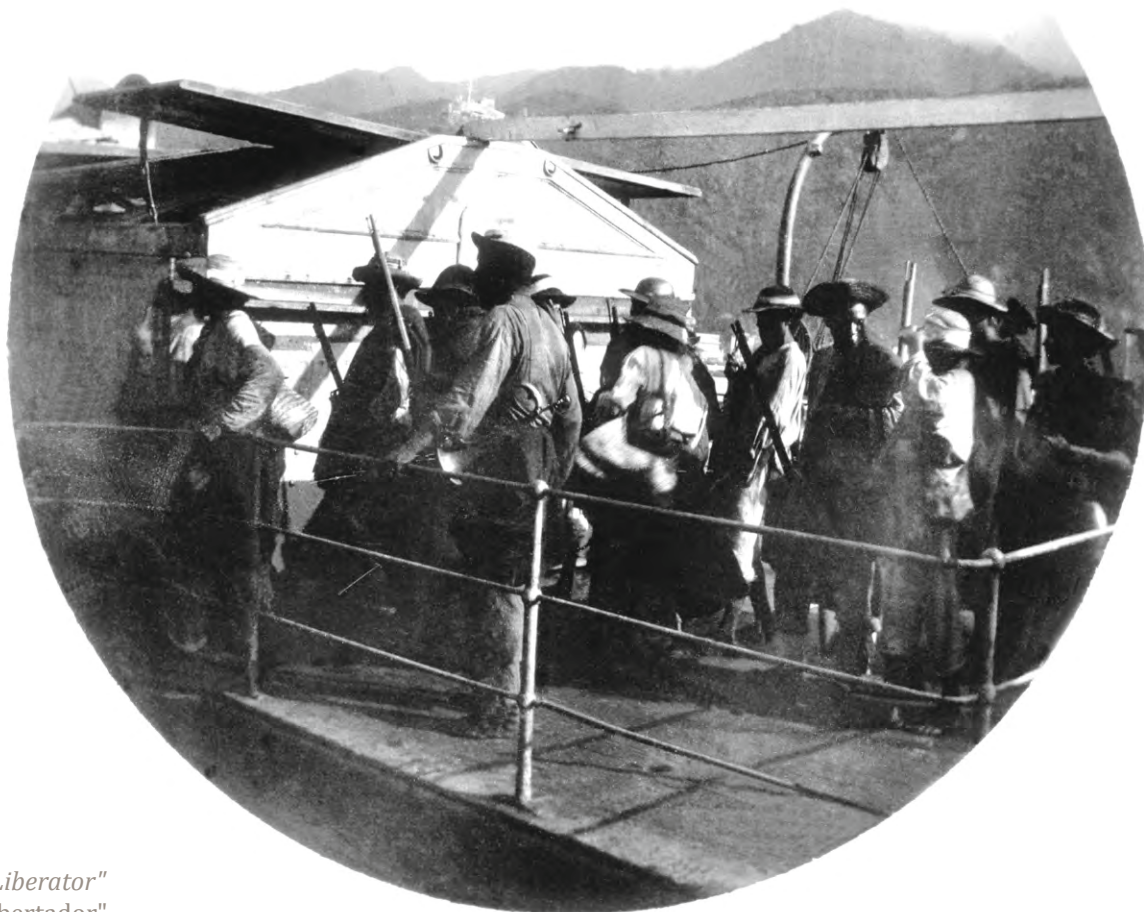
Soldiers in La Guaira's harbor
Soldados en el Puerto de La Guaira



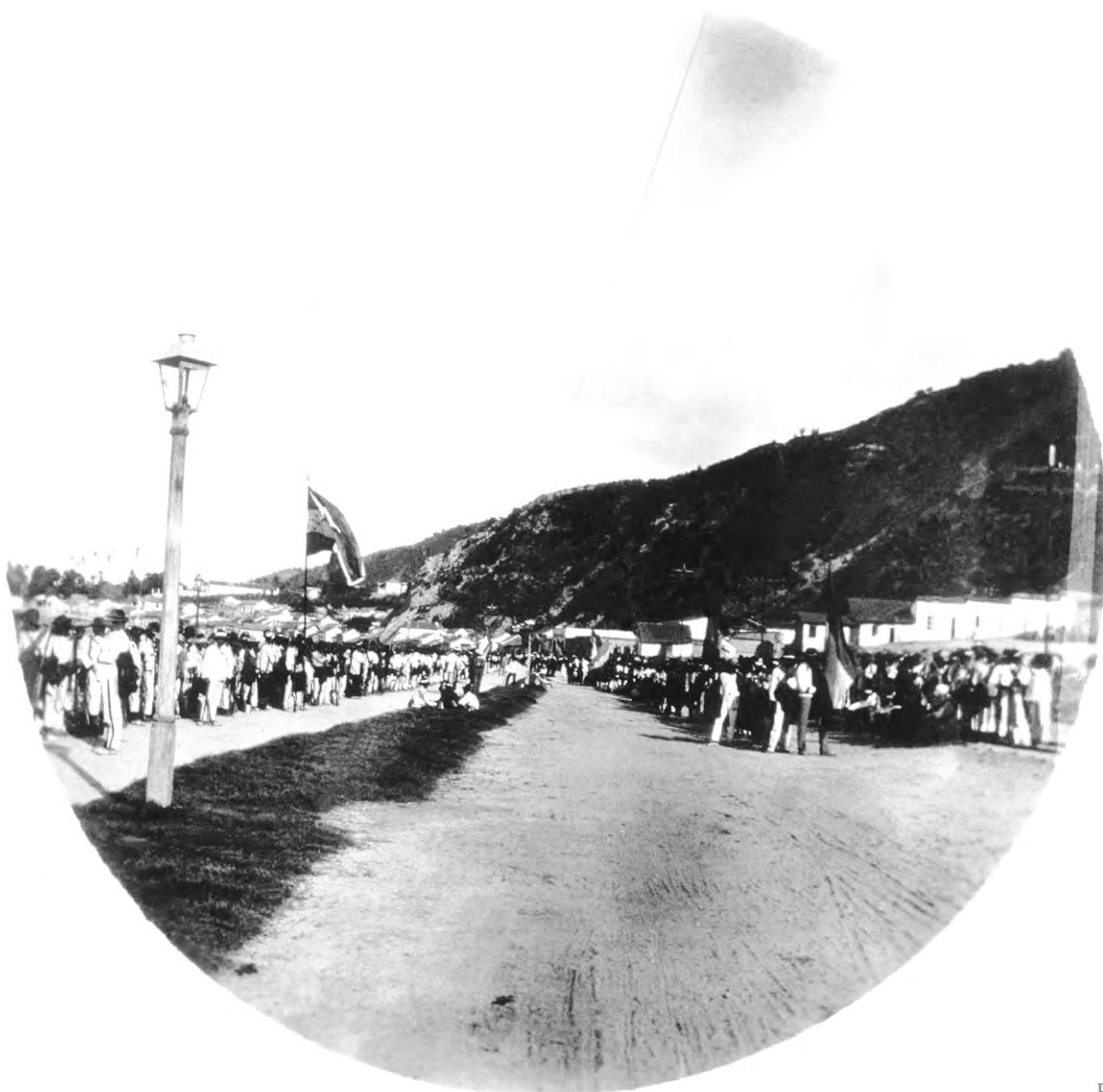
The album
El álbum



William Nephew King



Disembarking from "The Liberator"
Desembarcando de "El Libertador"



The army in line
El ejército en formación



A pair of boys soldiers
Un par de niños soldados



"Macheteros" drilling for the battle
Los 'Macheteros' entrenándose para la batalla



A youthful soldier
Un joven soldado



A veteran of many revolutions
Un veterano de muchas revoluciones



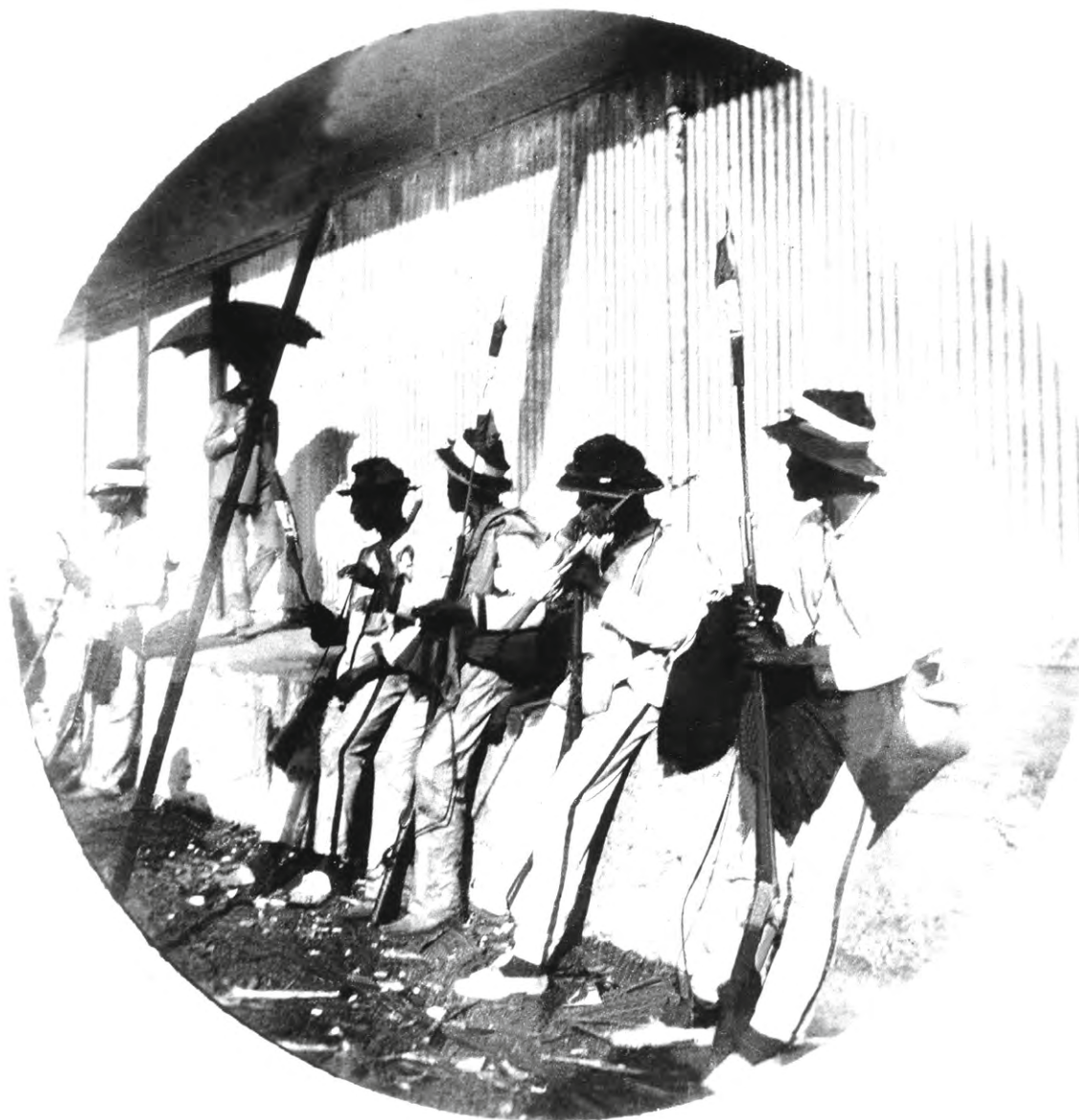
A "machetero" with his body greased
Un machetero con el cuerpo engrasado



Equipped for service
Equipado para el servicio



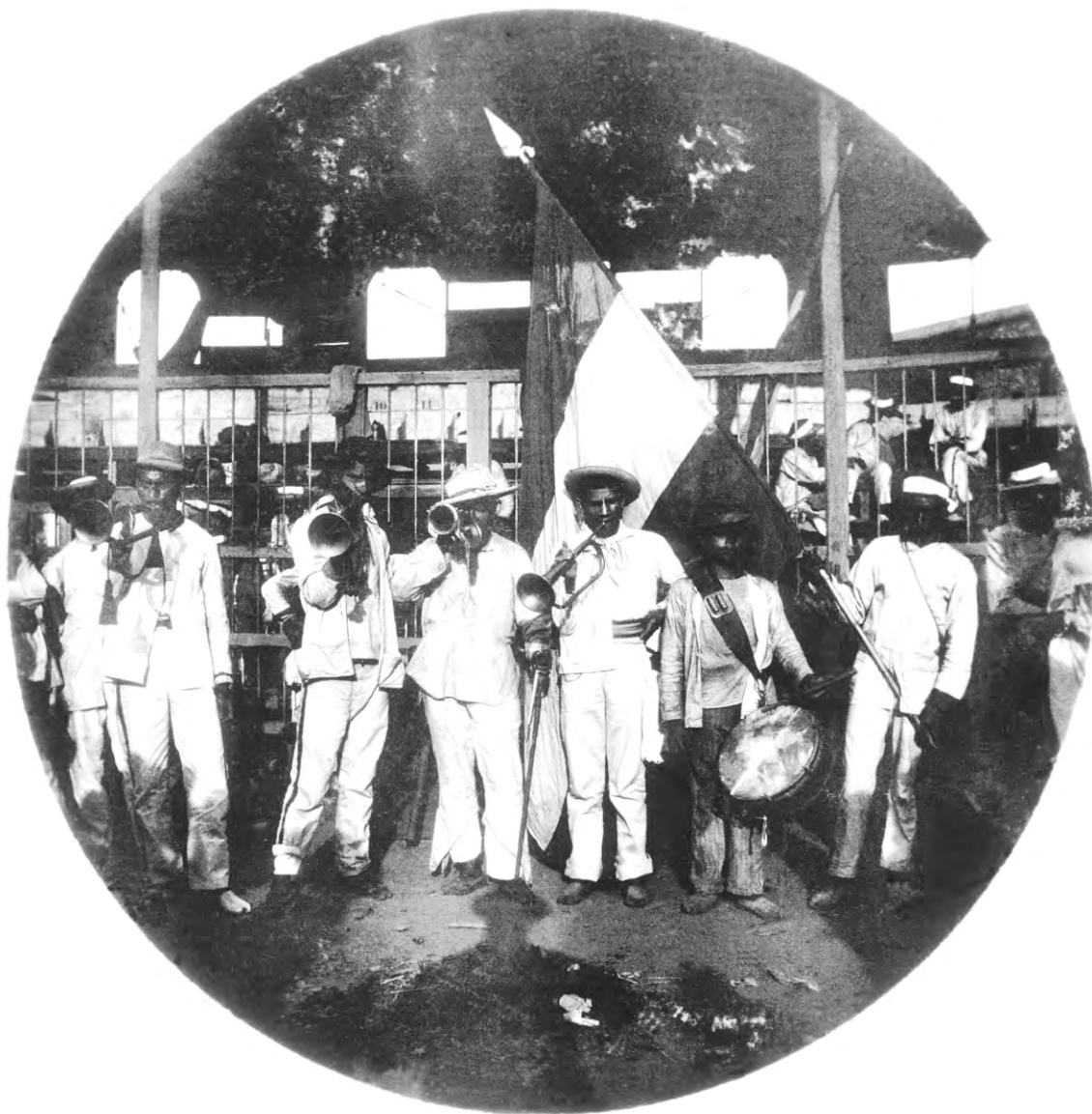
Willie in the sailor rig
Willie en traje de marinero



On the wharf, La Guaira
En el tajamar, La Guaira



The band
La banda



The same
La misma



The Army of Antonio Fernandez
El Ejército de Antonio Fernández



Men and women of the revolution
Hombre y mujeres de la revolución



Agregarn Followers of the Army
Troperas del Ejército



Wash day at La Guaira
Día de lavado en La Guaira



Beneath the flag of three colors
Al pie del tricolor



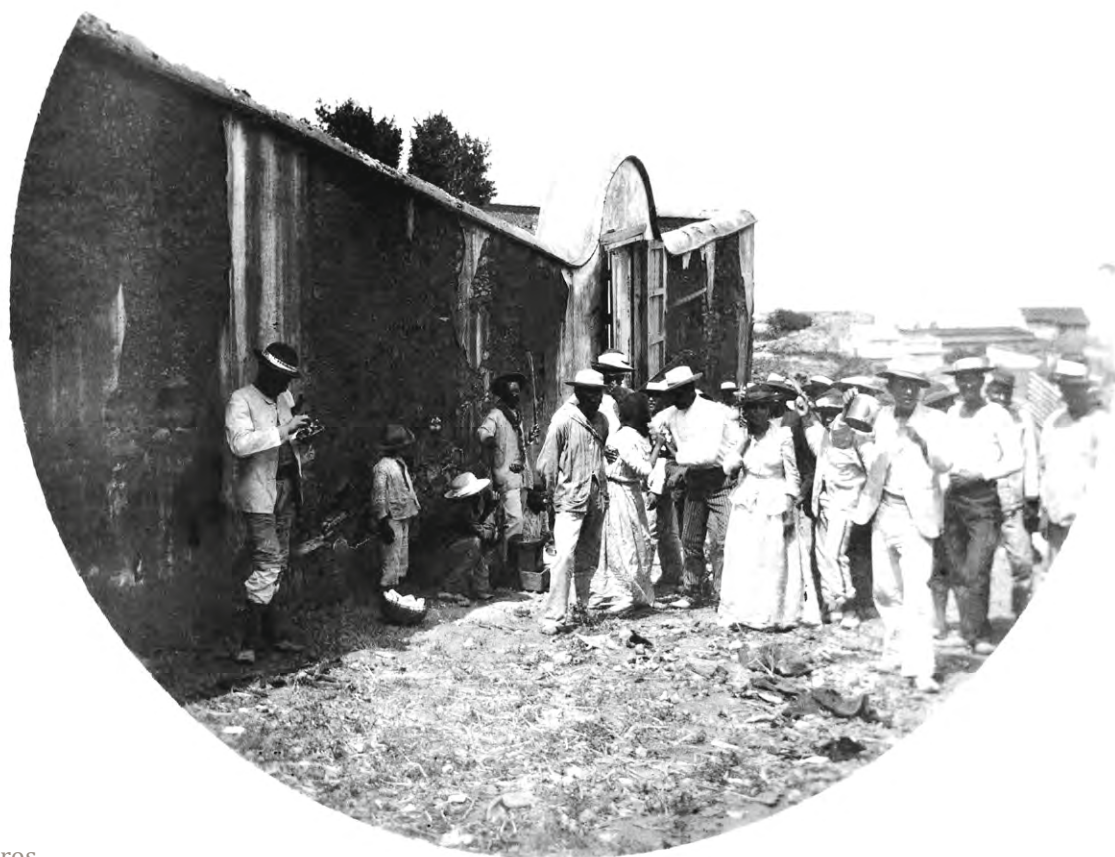
A "Cantinera"
Una "Cantinera"



Off for the battle
Saliendo para la batalla



A moment of peace
Un momento de paz



At the gate of the bull ring
En la puerta de la plaza de toros



In the bull ring
En la plaza de toros



On the road to Macuto
En el camino hacia Macuto



Transporting ammunitions
Transportando las municiones



A soldier from the Orinoco
Un soldado del Orinoco



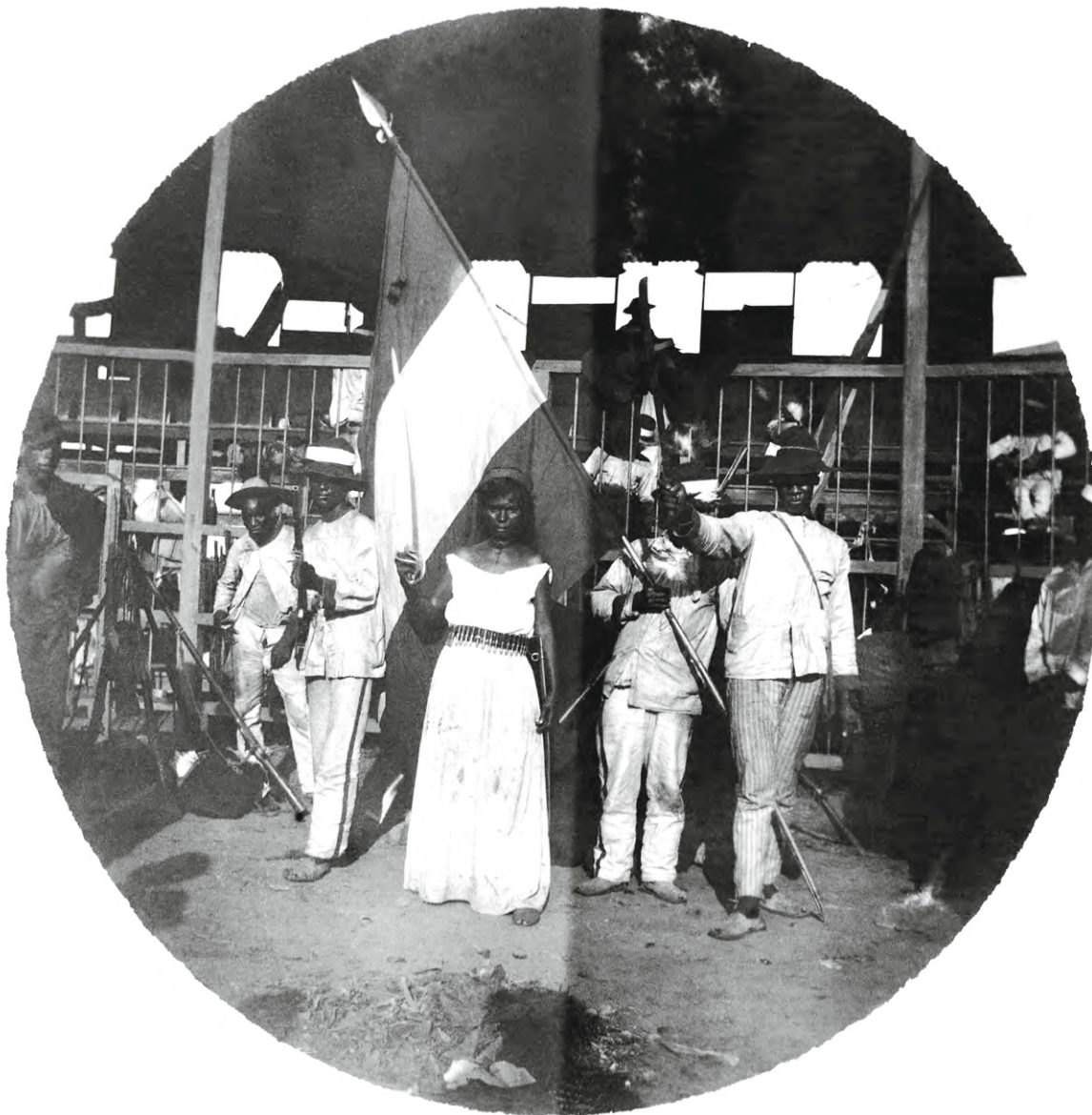
After the battle
Después de la batalla



A noon-day sun
El sol de mediodía



Lady fighter
Mujer luchadora



A heroine
Una heroína



A belle
Una beldad



Two belles
Dos beldades



Two of a kind
Dos de la misma raza



In the rear
En la retaguardia



In the plaza. La Guaira
En la plaza. La Guaira



On the shores of the Caribbean
En las costas del Cariba



In the vanguard of the Army
A la vanguardia del Ejército



La Guaira harbor
El puerto de La Guaira



La Guaira's Phantom soldier
El soldado fantasma de La Guaira



An awkward squad
Un escuadrón desmañado



Blowing out their brasses
Soplando a todo pulmón



A fighter
Un luchador



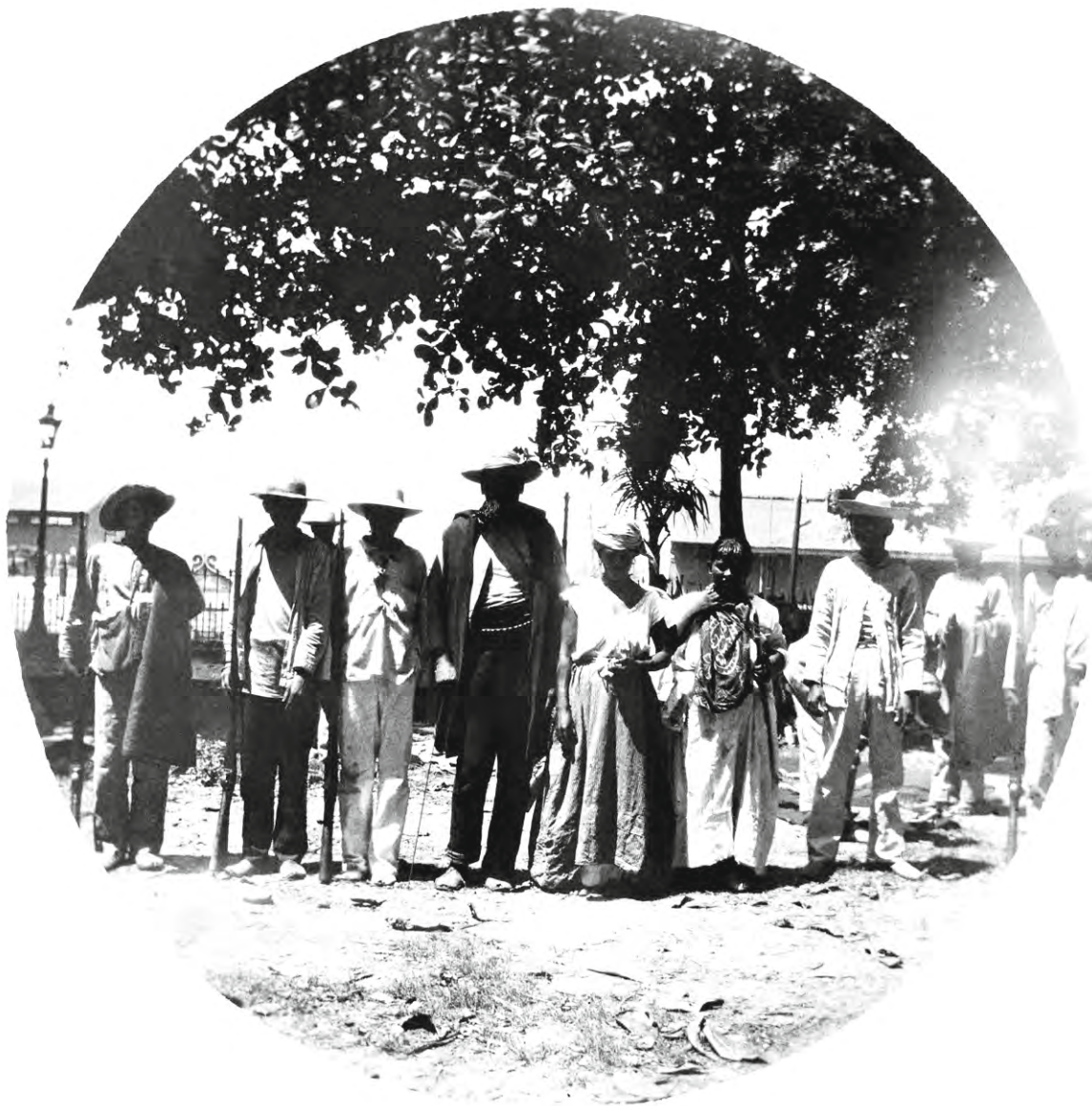
A mimic fight
Una pelea simulada



On duty with fever
De guardia y con fiebre



La Guaira and a General
La Guaira y un General



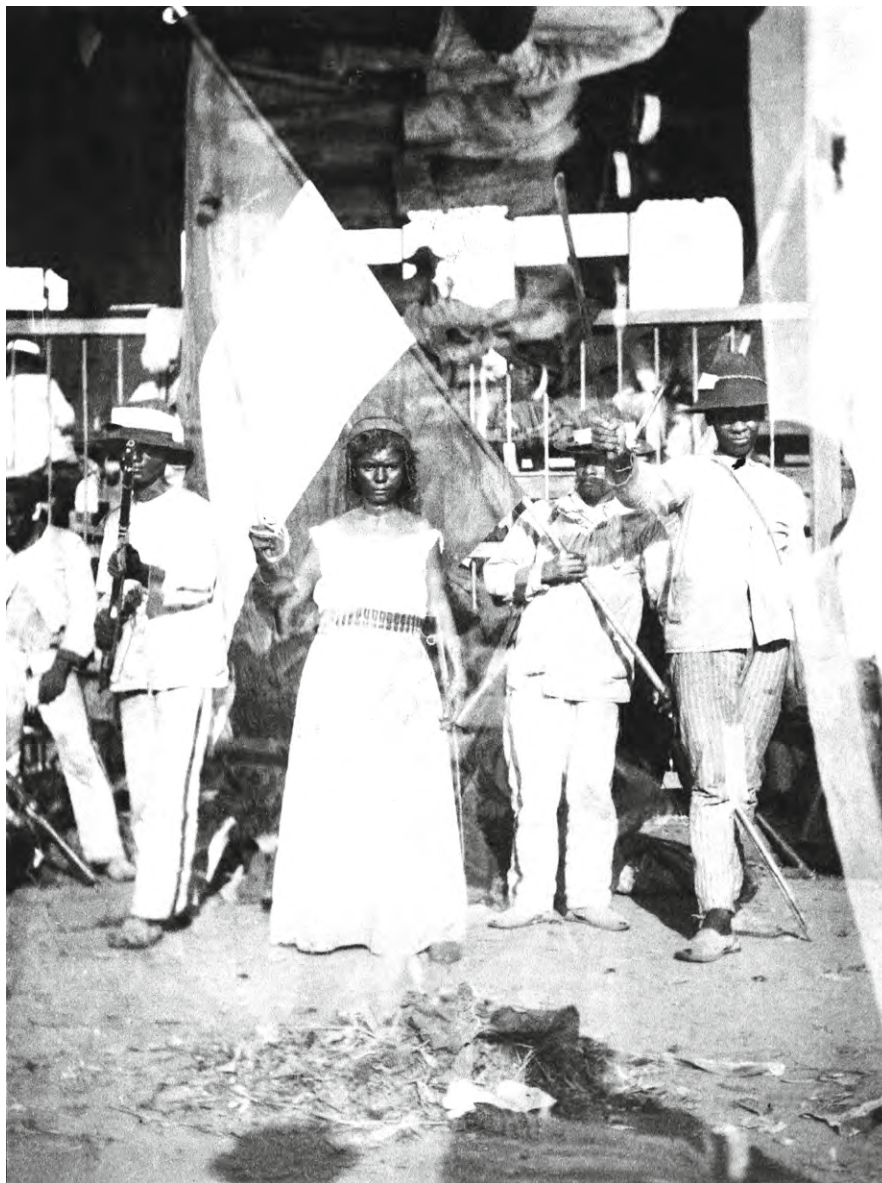
A revolutionary group
Un grupo revolucionario



Three Venezuelan Amazons
Tres Amazonas venezolanas



A fair referee
Una bella árbitro



Under the victorious flag
Bajo la bandera victoriosa



Which is she?
¿Cuál es ella?



Hospital improvised for the revolutionary soldiers by the American Navy at Macuto
Hospital para los soldados revolucionarios, improvisado por la Armada Americana en Macuto.



The operating room
La sala de operaciones



To the operation table
La mesa de operaciones



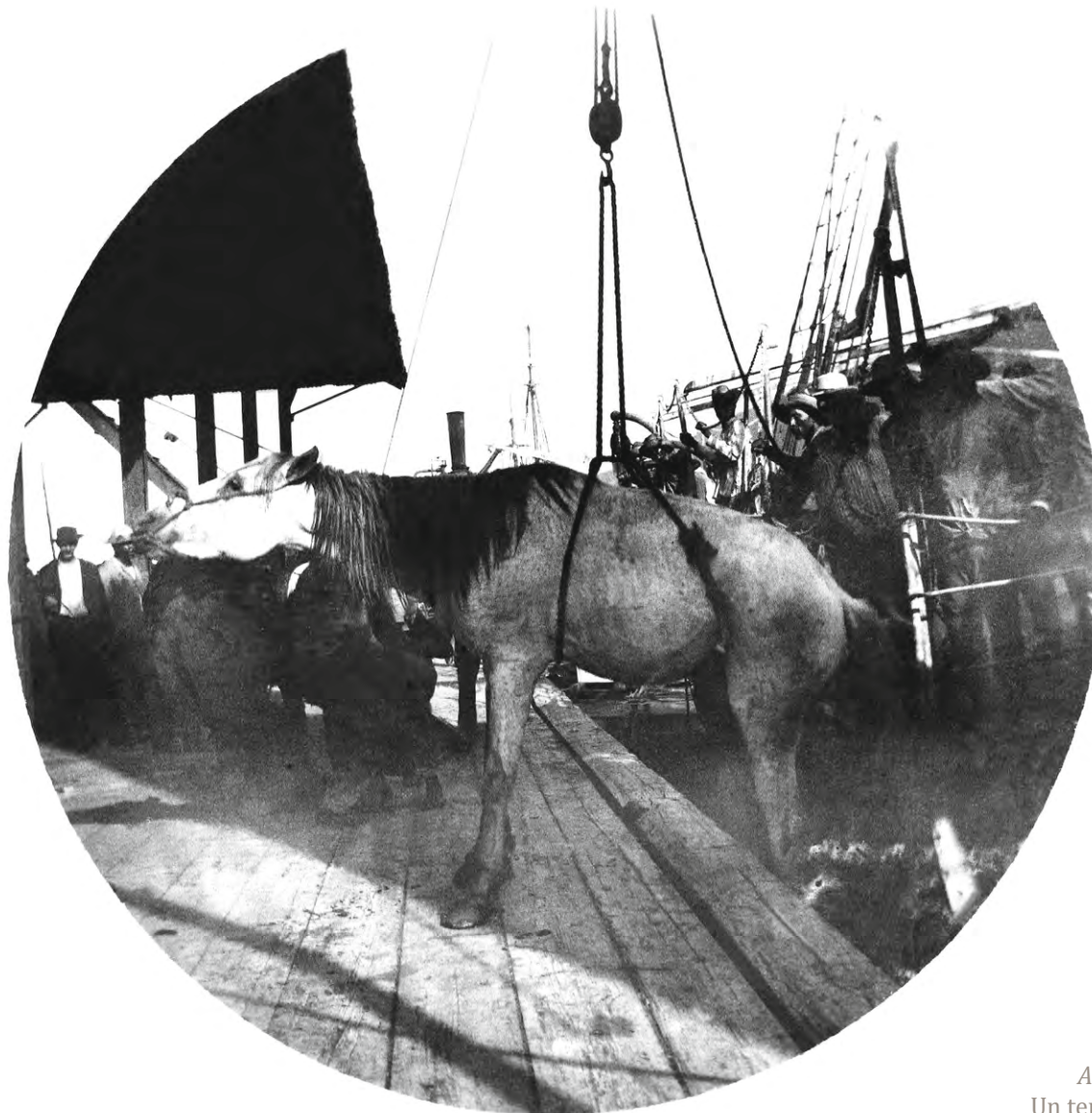
After the operation
Después de la operación



Good bye La Guaira
Adiós La Guaira



On board a man of war
A bordo de un buque de guerra



A subject for Berglie's Society
Un tema para la Sociedad Berglie



All aboard
Todos a bordo



Embarking at La Guaira
Embarcado en La Guaira



To Los Andes in the twilight
Hacia Los Andes en el ocaso



On the quarter-deck
En la cubierta



The last of Louisa
El último adiós a Luisa



Never mind the war
¡Qué me importa la guerra!



Two of Crespo's Generals
Dos Generales de Crespo



General Crespo at La Providencia
El General Crespo en La Providencia



Geveu ula
Grupo de Estudios
Venezuela- Estados Unidos

Colección TESTIMONIOS

En el mes de agosto de 1892 llegó a Venezuela un fotógrafo norteamericano. Vino a bordo de un buque cuyo propósito era proteger los intereses y la integridad física de los estadounidenses que vivían en el país. Se llamaba William Nephew King Jr. y era corresponsal de dos órganos de prensa de los Estados Unidos: el *New York World* y el *Harper's Weekly*.

